

EL INICIADOR.

PERIODICO DE TODO Y PARA TODOS.

"Bisogna riporsi in via."
"Es necesario ponernos en camino."
(DEL ITALIANO.)

N. 1°. MONTEVIDEO, OCTUBRE 15 DE 1838. TOMO 1.º

UNA HISTORIA.

En la última hora del año de 1826, una joven bella y virtuosa vió desaparecer de la tierra á la autora de su vida. Un cadáver, dos ancianos y Marcelina ocupaban la habitación interior de una pequeña y miserable casa de los suburbios de Buenos Ayres. D. Roque Ferreira, abate y tutor de la huérfana, hombre de corazón y conciencia, tomó la mano á la infeliz que así rogaba sobre el cadáver de la difunta, y con tono solemne y conmovido la dijo estas palabras—

"Hija mia, la patria os robó vuestro padre, y el Cielo os lleva hoy la persona que os queria mas en la tierra. Yo soy viudo, tengo riquezas y un corazón que aun siente la piedad; desde hoy eres mi hija, y yo juro por la fé, sobre el cadáver de tu madre, que en adelante cuidaré de tí como si mi vida corriese por tus venas. Ven conmigo; soy tu padre: tu serás el ángel de mis viejos y cansados años. Es un gran don del Cielo, un corazón como el tuyo; seré tu padre cariñoso; hija mia, consuétate, Dios no te ha abandonado; aqui tienes un pecho que te ama."

Y la joven fué á regar con sus lágrimas el pecho del anciano. Ah! decia entre lágrimas y sollozos! un vínculo solo me liga aun á la vida; tal vez en este momento se egecuta una sentencia fatal. Oh! guerra; ¡madre mia! ¡padre mio! todos, todos me han abandonado y para siempre. Dió un grito y cayó. El anciano la tomó en sus brazos, y momentos después una sola persona velaba el cadáver de la anciana.

.....
.....
.....
Era una noche tempestuosa, los Cielos y la tierra parecían quejarse mutuamente: Marcelina estaba sola en su habitación. Insensata, melancolica y pensativa al mismo

tiempo, parecia que su pecho estaba tan conmovido como el Cielo y la tierra. Tomaba su costura, se paseaba precipitadamente, lloraba, y luego se abandonaba á la desesperacion, al desconuelo mas profundo. Era un alma abandonada á todos los desvarios de una pasión violenta. "Yo te amo, Enrique, decia la infeliz, te amo con toda mi alma. ¡Si vieras lo que padece mi pobre corazón! Si supieras que no tengo otro amparo, otro amigo que tu solo... cruel... y me dejas por correr á los combates... oh! que noche, Dios mio, protéjelo, protéjelo... yo le amo." Y las lágrimas sofocaron sus palabras.

Era una escena de aquellas en que el corazón incendiado de amor, habla, se queja y se consuela asi mismo; uno de aquellos momentos en que la idea dominante viene á conversar con la criatura á quien alhaga y martiriza. Vosotros que habeis sufrido, pensad un momento en Marcelina; ella es infeliz; acaso no debe serlo.

Un ligero ruido en la ventana, le hace volver el rostro; ella tiembla; la mano de un hombre le indica que se acerque: se aproxima temblando "soy yo ángel mio." Esta voz que llegó á su alma como una armonia celestial, desterró de su espíritu, las tinieblas, las angustias que le despedazaban. Ah! tú, eres tú, mi querido? Yo soy tuya,.... en tí pensaba.... rogaba por tí.... dame tu mano.... cuantas penas.... ¡porque me abandonas asi.... si supieras lo que he sufrido.... esta vida es terrible?

"Te traigo la felicidad; vengo á ser tuyo para siempre.

Ah! no lo digas.... tengo un secreto que me mata!
¡Quieres ser mio para siempre?

¡Y lo preguntas?

Sí, sí, serás mio: muramos juntos....

"Tú deliras criatura. Yo soñaba en la soledad de los mares que tenia un ángel tutelar que por mí rogaba;

mi alma se nutria con la esperanza deliciosa que me esperaba un seno lleno de amor.... y ahora me ofreces la tumba.... maldicion.... »

Ah! perdon, perdon, amigo mio: estoy loca, perdóname, soy tan desgraciada.... mira, yo te amo, mátame, mátame, por piedad.

¡Infeliz! ¿sabes que mi puñal no está cansado? ¿que una palabra mas puede precipitarme? sabes que se subleva el monstruo.... y.... no, no, yo tambien soy peregrino en la tierra; el Cielo nos ha unido. ¿Te acuerdas de tus padres? Como los míos te dejaron sola en el mundo. Pero yo soy hombre; tengo un brazo que sabe jugar en los combates; mi voz domina los ecos del cañon. ¿Quieres mi vida? ¿Quieres que vamos a sepultarnos en las profundidades del Océano? Ven, mis compañeros aguardan mi vuelta: la noche es bella: la golata es docil, es fiel; yo te llevaré a un mundo en que viviremos tranquilos; los cielos y las aguas son fieles confidentes.

Enrique!.... Escúchame:

Tu estabas lejos de mí cuando el Cielo me dejó sola en la tierra; criatura abandonada, sin amigos, sin fortuna; ah! porque no estuviste a mi lado en aquellos momentos! Una mano desconocida enjugó las lágrimas de mis ojos, un pecho extraño recibió las angustias que oprimían mi alma. Yo te pedía al Cielo, a los hombres, al mundo, porque la horfandad es horrible: tu tambien eres huérfano. Sabes Enrique que la vida es desierta entre seres extraños? El hombre virtuoso que ha sido un padre para tu amiga, el hombre que merece toda mi gratitud; ese hombre, a quien yo le debo la vida, es un monstruo, un tirano feroz, un maldito del Cielo: escúchame.

Me arranca del cadáver de mi madre, en momentos en que la vida me habia abandonado: yo no sé cuanto tiempo pasé así, pero recuerdo, que al volver de mi sueño me encontré en esta habitacion, y que un hombre anciano tenía mis manos entre las suyas: las lágrimas corrían por su rostro venerable. Yo le ví al volver del dolor, y su vista fué grata a mi corazón afligido. Me pareció que lloraba por mi madre, y yo amo Enrique a los que lloran por mi madre. ¿Has dado una lágrima a su memoria? ¿has rezado por ella? Un momento.....

El lloraba y yo tambien lloré. He derramado muchas lágrimas Enrique. Ahora....oh! ahora ya soy dichosa, soy fuerte. Escucha.—Mi protector me ha cu dado como

un padre, como un amigo, como un amante: me pareció que esta horrible soledad no seria tan triste como en los primeros momentos del dolor se habia ofrecido a mi alma. Así pasaba los largos días de tu ausencia; entre las plegarias y los deseos. Retirada y desconocida de todos, viviendo por tí, sin placeres, pero con muchas esperanzas. El hombre que tanto me ha servido, a quien debo los primeros días de paz; ese hombre que yo creía un amigo verdadero, se ha colocado entre los dos como un fantasma del infierno. No le acuses todavia; él no ha abusado de mi desgracia; porque apesar de lo que me hace sufrir él es... es bueno, Enrique mio. Compadécete: su generosidad le ha perdido. Su cabeza es blanca; parece que su rostro ha sufrido todas las tempestades de la vida, pero su alma es virgen: pura como la tuya. El me lo ha dicho muchas veces, y mi pecho se ha enternecido. No hace dos horas que yo le he visto a mis pies; él lloraba. ¡Infeliz! “Yo sé, me decía, que voy a colocar una flor sobre la losa de mi tumba; pero mi alma necesita su perfume para subir contenta hasta la morada de los buenos”—Ten valor.....yo lo he ofrecido mi mano; mi mano; mañana seré su esposa. Sí, seré su esposa..... y bajaré al sepulcro con el vestido de boda.—Mátame... ¿Para que quieres una muger que traiciona su corazón? Yo soy infame. Pero mi corazón es tuyo, tuyo todo.

¡Desgraciada! Has olvidado las palabras de tu madre.... has perjurado. Ah! tu eres infame.... maldicion.—Soy infeliz: soy huérfana: tu tienes tus honores, tu valor, y yo ¿que tengo Enrique? tu sabes disponer un combate; sabes triunfar. Ah! yo no sé sino sufrir.... yo te amo.... ¿Porque exiges mas de lo que puedo? Me acuerdo de aquellos días tranquilos en que el amor era un sueño, en que la tierra se ofrecía regada de flores a nuestros ojos.... y hoy ya veo la tumba en todas partes. Mátame....

Oh! por piedad: ¿quieres ser mia? ¿tienes valor? ¿me amas? Sígueme: yo conozco los mares; entre las tempestades de la naturaleza, en medio de los combates sangrientos, tu serás mi ángel; yo necesito un rostro como el tuyo, porque yo soy un monstruo en la batalla. Ven, huyamos; si los hombres afligen tu corazón aquí en la tierra, yo te llevo a mis dominios. Allí Dios y yo mandamos absolutos. Desgracia al miserable que empaña tu espíritu divino con un dolor, con la apariencia de un pesar. Ven conmigo; tu eres mia; el Cielo te me ha dado ¿y quien se atreve a despojarme de lo que Dios me dió?

Oh! Enrique.... es....; porque me propones

crimen? ¿Quieres que la maldicion del Cielo y de los hombres caiga sobre mí? ¿Y mi padre adoptivo, mi piadoso padre: ah! es imperdonable hacer derramar lágrimas a un anciano. Mira, yo te respeto, yo te quiero....

Pues bien; toma mi maldicion, yo te mal....

Ah! mátame, mátame: eres cruel, eres bárbaro: ¿... yo soy tuya.... espera.... yo te sigo a.... la tumba.

.....
.....
.....
La noche era horrorosa: un ligero ruido momentaneamente interrumpido, se dejaba oír a lo lejos; parecia el ruido de una cadena pesante, que se frota fuertemente; los relámpagos iluminaban de cuando en cuando las negras aguas del Plata; esparcían a lo lejos negros bultos; se habrian tomado por tumbas flotantes. Un eco formidable hace saltar del lecho a los que tranquilamente reposaban; un momento despues, todo es silencio, soledad, horror.

En medio de este espectáculo de muerte; un pequeño buque se desliza suavemente por las aguas; marcha tímidamente, parece que escucha el eco de sus pies. Sus velas son negras y estensas: el viento es fuerte, es bueno: “es la Porteña, dice un viejo marino desde la playa: el Capitan Enrique es valiente, la noche está por él. Forzará el bloqueo. Que el Cielo le proteja!

.....
.....
.....

“Cuando en los albores de la vida mi alma campeaba por la inmensidad del espacio, como ora por los mares, yo soñaba esta felicidad que hoy no es un sueño, ángel mio. En los delirios de mi imaginacion yo habia creado una muger a mi modo: la habia dado un corazón como el mio, libre, volcánico, tierno. Yo la veía jugar con mi pelo rizado, en medio del relámpago, del trueno del combate, y no temblaba. Una muger como no son las otras: dulce y fuerte, apasionada, llena de poder y de virtud: tu eres mi criatura soñada, tu eres mi ángel: mira, vistete de blanco, yo quiero verte como una vision celestial en medio de los mares, decía Enrique a su querida, dulcemente recclinado en su seno, navegando sobre un mar plateado por la luna, gozándose en la fresca briza que empujaba a la Porteña.

¡Caprichoso!

¿Ves aquella estrella que refleja su luz en tu rostro? Esta es mi estrella; cuando mi padre me apretó en su

pecho, diciéndome: “Cifne la espada, hijo mio, una tierra hermana se marchita bajo el yugo extranjero: anda, derrama tu sangre por la libertad de los hombres;” mi estrella brillaba clara y pura en los Cielos. Ah! ella no me ha abandonado nunca; es fiel, yo la he visto rasgar el velo de las tormentas para mostrarse a mis ojos. Ella ha guiado mis pasos en las tinieblas de la noche, y mis fuegos en el horror de los combates. Yo la amo amiga mia: la amo como a una hermana tuya; ¿no la ve? Es bella; su luz es cándida como tu rostro; transparente como tu alma. Oh! yo te amo ángel mio: ¿Quieres...
Barco, barco... grita el marinero que iba en los toques:

—A sus puestos dice, Enrique; silencio..... Jorge, Alfredo, Miguel, que se preparen las redes de combate: “ángel mio, ¿tiembas? Ponte en la cámara; dos minutos.... es una noche feliz.....

—No, no, a tu lado, aquí no tiemblo... déjame aquí...
—Sí, a mi lado, tu no debes temblar.

Era un sublime espectáculo aunque imponente: La Porteña seguía silenciosa como una tumba sobre las aguas: cion bravos, mustios y pensativos, esperaban una voz, una palabra sola, para lanzarse a dar y recibir la muerte. El que no ha participado los sinsabores y dulzuras de la vida del marinero no conoce toda la grandeza del hombre. Los tiranos juguetean con él, desde los dorados alcázares del poder: el hombre en medio de los mares, se bate cuerpo a cuerpo con la naturaleza, con la fortuna, con los decretos de Dios: vence ó perece noblemente.... El alma es libre, fuerte; poderosa como las tempestades; habita un cuerpo que desafía momento a momento los caprichos de un despota mas absoluto que el primer tirano del mundo: la vida es una lucha a la faz del Cielo y el hombre cae, no lleva el amargo pesar de haber cedido a la intriga, al egoismo, a la infamia. Que se crucen los vientos en el Cielo, que los abismos se abran a sus ojos, el marino contempla tranquilo, la furia, el horror, la muerte que le rodea. Tiene una potencia que lo eleva sobre la creación; una individualidad soberana, poderosa, que le viene de Dios; su talento, su fuerza.

“El Cacique, el Cacique, capitan; vírenos de bordo” dice el Piloto a Enrique.

Fuego, fuego; arriba a la bordaza.

Fué un momento el eco del cañon, de la fusileria; “muere, muere” eran los únicos gritos que se oían en la soledad. Pasó como el relámpago nuestro. gritan

los vencedores; piedad, piedad, repite el eco melancólico de los mares; muere: dice una voz que llega hasta el corazón de Marcelina: ah! no, Enrique, perdón, perdón, al infeliz, yo te lo pido, yo te lo mando: ven, ven; roguemos juntos.

"Qué cruel eres; asesinar al vencido; humillar la desgracia, ¿que te ha hecho el infeliz? Oh! que horror! mira; estas ensangrentado. Ah! tu estás herido; ven, ven!... esto es horrible, decía la infeliz, á su amante, que imperturbable y melancólico, como siempre, volvía del combate.

"Ángel mio: oh! no, no estoy herido; es sangre de esclavos la que ha manchado mi brazo: sangre asquerosa; no temas, la mía no se mezclará con ella. ¿Tienes miedo? ¿Has sufrido? pobrecita: perdóname... pesa sobre mis días una fatalidad... yo soy... Miguel... que se cumplan mis órdenes... que el prisionero se ponga á la vela... el bote á los vencidos, pronto, pronto, el día llega...; ha sido una noche feliz, ángel mio! Descansa ahora... tu alma ha trabajado mucho: acuéstate, toma, toma... si toma un beso... El Cielo te bendiga: eres piadosa, eres santa... oh! yo te amo.

No tembleis, almas delicadas: fué un beso de amor, pero de amor puro y santo como el de los ángeles. Un instante sagrado, en que la alma vino á tocar otra alma querida; no tembleis...

Momentos despues, la Porteña seguía silenciosa; algunos marineros, agrupados hacia la proa, y un hombre de pié en la popa, era el espectáculo que ofrecía la Goleta.

"Mi capitán?

Alfredo?

Es mi cuarto Sr.; á mi me toca....

Bien... dispuesto... yo necesito algunos momentos de soledad: mi sangre arde: ¿si supieras el estado de mi alma?... Un momento á la amistad: habla á tu amigo... no es el capitán, es tu Enrique el que te pide una palabra. ¿Crees que los Cielos aprueban mi conducta? Los hombres... oh! los hombres, yo se lo que dirán: hay ciertas acciones en la vida que nunca se perdona. Tu has visto nacer esta pasión á que de tanto tiempo está ligada mi existencia: tu me has burlado muchas veces, y hoy, hoy tu tiembles por mí. Yo estoy tranquilo: querría que los mares fueran la escala que lleva hasta los Cielos, por que tengo un depósito divino en mi poder: de be restituirlo.—Tu deliras: eres un loco. Acabas de pelear como un desesperado y ahora, vienes con esas puerilidades, de amor, de ángeles, oh! te está mal ese lenguaje.

"¿También tu mi Alfredo?

¿Perdona: yo te comprendo; estas triste, he procurado que te risa. Habla: yo soy tu amigo. ¿Que tienes? Vamos, quiero saberlo.

"Pesa sobre mi corazón un remordimiento terrible: en un tiempo mi destino dependía de mí, del valor de mi brazo: hombre aislado en la tierra, creía fácil formarme una felicidad como el que solo trabaja para sí. Cuando mi ángel tenía madre: yo pensaba que el porvenir me daría una fortuna que poner á sus pies: hoy la he arrancado á la felicidad para traerla á los combates, á la muerte tal vez, oh! esto es bárbaro amigo,

Yo apruebo tu conducta: deja que los hombres helados descarguen sobre tí la maldición del egoísmo; deja que el mundo te apollide, raptor, infame, malvado; hay una causa que apaga esos lamentos miserables; tus 24 años, tu carácter. Tu has dado bellos y gloriosos días á la patria: hombre de corazón: te lanzas á la muerte por la libertad de hombres extraños, los honores se han derramado sobre tu cabeza, y tu nombre es la gloria de nuestra marina. Pero tu ser reprobado: has robado una mujer, una mujer que es tuya por que te la dió Dios y no su madre! no lo dudes! estás destinado al sacrificio. Así es el mundo.

Oh! el sacrificio, el sacrificio es dulce: yo lo acepto.

Pues bien: que piensas? ¿Porque te afliges?

"Yo querría que los altares de Dios hubieran recibido mis juramentos: la sociedad ha impreso un sello de torpeza al carácter del marino: piensan que si hay virtudes entre nosotros, no son aquellas virtudes que idealizan al hombre, que el que lucha con las tempestades del mar, no sabe luchar con las del corazón, y la víctima... la víctima es consagrada desde que pone el pié á nuestro bordo... maldición.

"Los hombres hacen la infamia en la tierra, solo el Cielo la juzga. Yo se que tu querida se postrará ante las aras, casta y pura como una víjén: que recibirá el vínculo divino como si bajara del Cielo, que tu conciencia no tiene ni una sombra ni una mancha sola.

Ah! tu me consuelas: ¿ves? yo lloro: mis lágrimas son vírgenes: es la primera vez.

Descansa unos momentos el día llega. Tal vez el día será ingrato. Con estas palabras se cerró la escena de aquella noche demasiado tempestuosa para Enrique.

Los días de volver á la patria se acercaban para el corsario: cargado de riquezas y de honores, Enrique parecía

contento de su suerte. El Cielo le había protegido. "Yo no sé, le decía á su amada, porque la vida me parece tan querida: hombre solitario trabajaba para mí solo, y hasta la gloria me parecía una quimera: hoy ángel mio, yo soy ambicioso: me parece que los laureles sientan bien á tus sienes y yo quiero darte una corona trabajada por mi mano.

"Pero manchada con sangre: oh! yo querría verte en el seno agitado de la Patria, tranquilo y magnánimo como en medio del combate: con tu corazón, con tu alma, tu seras un astro de paz en medio de las tumultuosas pasiones que tantos dolores ofrecen á la Patria. Yo te vería como un Dios, presidir los destinos de toda una nación; porque tu has nacido para ser algo más que un soldado feliz. Siempre en lucha, buscando la muerte en cada momento de tu vida, yo te veo abandonarme cuando mi pecho está más lleno de ilusiones, de amor: si vieras los sueños que agitan mi corazón? Yo no quería descubrirte estos secretos, pero hoy se acerca un nuevo día para los dos. ¿Me prometes?... No, perdona... soy indiscreta.

Habla, ángel mio....

¿Me prometes dejar la carrera de las armas?

"Escucha, y luego decidirás tu misma: son palabras de mi padre:

La hora fatal pesaba ya sobre sus ojos: él me tendió una mano sin calor, desfallecida, y apretando debilmente la mía me dijo: hijo mio: "los hombres son hermanos, cualquiera que sea el lugar en que nacieron: un mismo sol, un mismo cielo hay sobre todos los mortales; la naturaleza que los ha dividido por medio de los mares, de las montañas, no tiene sino un autor como ellos: algun día la especie humana formará una familia sola, y la guerra desaparecerá para siempre. Los hombres conocerán al fin que entre unos y otros median los vínculos que á tí y á mí nos ligan; que no hay felicidad en la tierra si un centro comun no rige los movimientos todos de los miembros que los componen. Pero este es un porvenir que asoma allá en los inmensos límites de la existencia humana: es remoto, oscuro, como los primeros días de la vida del hombre, pero la humanidad tiende hácia él, y llegará. Tu padre recuerda en esta hora solemne, los sacrificios, los dolores que en la lucha feliz de nuestra independencia, la patria exigió de su debilidad; el hizo cuanto pudo, y hoy que el Señor me llama hasta su seno, yo me presentaré tranquilo." He peado y derramado la sangre de los hombres, le diré, por la libertad y felicidad de los hombres.

Los tiranos se habían apoderado de la más noble criatura del mundo, y fué necesario herirle el corazón para libertarla; si he errado, perdóname Señor; obedecí á las inspiraciones del Cielo, fui un instrumento de la voluntad divina. Espera un momento... la muerte ya pide lo que es suyo... Tu naciste en una tierra que se dice libre; pero esa libertad tan proclamada, no es más que una ilusión. Falten, hijo mio, los verdaderos elementos de toda libertad; los hombres están en lucha encarnizada, las cosas marchan en desquicio, sin objeto, sin intención determinada. Muchas heridas le esperan aun al seno de la patria! cuando los medios materiales dejen de ser un poder; cuando el pensamiento libre y soberano determine las operaciones de los Gobiernos; cuando la sociedad entera tenga una conciencia segura y positiva de sus obligaciones y derechos; entonces, y solo entonces, la libertad germínará en nuestro suelo. Pero ese estado feliz no llegará en un día: los que habéis nacido para reglamentar el caos que nosotros os dejamos despues de tantas batallas; de tantas tempestades, tenéis necesidad de un brazo robusto para verificar las concesiones elevadas de la mente. Ya tenéis la base; la democracia será ineluctable. Sobre ella debéis trabajar, sin dejar de ser autores y artífices al mismo tiempo. Esta es la doble misión de vuestra generación, y yo te lego este sentimiento, como la única herencia que puedo daros un padre que te lleva en el corazón á la tumba." El murió.....

Oh! amigo mio, tu serás lo que eres: tu padre es santo. No ovides sus palabras. Yo seguiré tu vida, como tu brazo sigue tu pensamiento. Sí, tu eres fuerte, tu eres virtuoso, y yo soy débil: á tu lado mi vida es otra cosa... Mira, una sola estrella hay en el Cielo: ¿que oscuridad? Las aguas son negras, y la espuma de las olas parece sangre? Yo tengo miedo: sí, yo tiemblo....

No, no temas, el Cielo nos protege. Es mi estrella, pronto los vientos nos llevarán á las costas Argentinas. Oh! que tumulto de ilusiones llena el pecho al hablar de la tierra: allí, sí, allí es á el Cielo. Me parece verte de rodillas ante las aras santas, recibiendo mis juramentos de amor: esos mismos juramentos que tú aceptabas en la hora del combate, en el momento de la tormenta: te debo mucho, ángel mio; yo soy tu esclavo.

—¿Ves aquellos buhos que poco á poco se descubren?

—No temas, es la línea enemiga, todo está dispuesto ya: mañana con el día saludarás tu patria.

—Silencio... á sus puertas.—Es el último adiós ángel mio: no temas.

Un cañonazo se deja oír á lo léjos : "somos sentidos, dice Enrique."

La Porteña vuela ; parece que el Capitan Jé ha comunicado todo su brío. "Es una noche feliz ; yo conozco los bancos. Desgraciado el que intente seguirme."

Momentos despues toda la escuadra bloqueadora hacia fuego sobre el corsario ; ¡ inútil esfuerzo ! La Goleta ; favorecida por el viento y la oscuridad de la noche, pudo penetrar hasta el puerto sin el menor daño. Eran las dos de la mañana, y la Porteña se mecía blandamente sobre las olas del Plata, bajo el cañon de la fortaleza, como si reposara de las largas fatigas de su crucero.

Ahora, dice Enrique á su querida tomándola de la mano, ahora ángel mio, es preciso lavar una mancha que ha caido en nuestros nombres ; un momento de fuego precipitó mi corazón ; pero tu eres pura y blanca como la aurora. Ven, descansa ; las tormentas no penetran hasta aquí, las balas enemigas no han caido sobre estas aguas. Ven, sueña en la felicidad que nos espera.

—Yo querria despedirme de los mares ;... les debo tanto.

—Descansa unos momentos ; el dia asoma.

Al amanecer de un bello dia, cuatro personas se retiraban silenciosas de la Iglesia de San Ignacio : dos jóvenes, marchaban adelante ; una anciana de semblante risueño y alegre, un hombre profundamente concentrado en sí mismo, seguía como en sueños, el camino que los jóvenes señalaban. "Yo la amé, dijo el anciano, acercándose á su compañera : que el Cielo la haga dichosa."

Días de amor y de placer fueron seguidos á los torrenciosos del enamorado Enrique : la guerra extranjera concluyó, y como á uno de los bravos que habian peleado por la libertad Oriental, la patria lo colmó de honores y riquezas. Pero vino la guerra civil, la cruel guerra de hermanos con hermanos. Oh ! echemos un velo sobre esta parte de la historia Argentina. Enrique fué proscripto de su Patria, y hoy vive querido en el seno de la nacion por cuya libertad tanto hizo. Sabemos que las palabras de su virtuoso padre no se han borrado de su alma, y que forman el código de que se vale para la educacion de sus hijos.

C. M.

SOBRE LORD BYRON CON MOTIVO DE SU MUERTE.

Estamos en el mes de Junio de 1824. Lord Byron acaba de morir.—Se nos pide nuestro modo de pensar sobre Lord Byron, y sobre Lord Byron muerto. ¿Qué importa nuestro modo de pensar ? A que escribirlo, á menos que no se suponga es imposible á cualquiera que sea, decir algunas palabras dignas de ser recogidas en presencia de tan gran poeta, de tan gran suceso. Si creyésemos las ingeniosas Fábulas del Oriente, una lágrima se vuelve perla cayendo al mar.

En la existencia particular que nos ha creado el amor de las letras, es la region pacífica donde nos ha colocado el amor de la Independencia y la poesia, la muerte de Byron, ha debido herirnos, en algun modo, como una calamidad doméstica. Ha sido para nosotros una de esas desgracias que toca de muy cerca. El hombre que ha dedicado sus dias al culto de las letras siente el círculo de su vida física estrecharse en torno de él, al mismo tiempo que su existencia intelectual se agranda. Un corto número de sus queridos ocupan la ternura de su corazón, mientras que todos los Poetas, muertos y contemporáneos, extranjeros y compatriotas se apoderan de todas las afecciones de su alma. La naturaleza le habia dado una familia, la Poesía le da una segunda. Las simpatías, que pocos seres despiertan cerca de él, van á buscar, al través del torbellino de las relaciones sociales, mas allá de los tiempos mas allá de los espacios, algunos hombres que el sorprende y de las cuales se siente digno de ser comprendido. Mientras, que en la rotacion monótona de las habitudes y de los negocios, la multitud de indiferentes tropieza y se roza con él sin llamar su atención, se ha establecido entre el y estos hombres desparramados que su pensamiento ha escogido, relaciones y comunicaciones íntimas, por decirlo así, e éctricas. Una dulce comunidad de pensamientos lo liga como un lazo invisible é indisoluble, á estos seres privilegiados, aislados en su mundo, como él lo está en el suyo, de suerte que cuando por casualidad encuentra algunos de ellos, una mirada les basta para revelar el uno al otro, una palabra, para penetrar mutuamente el fondo de sus almas y reconocer el equilibrio ; y, al cabo de algunos instantes estos dos extranjeros se hallan unidos como dos hermanos alimentados de la misma leche, como dos amigos experimentados por el mismo infortunio.

Que nos sea permitido el decirlo, y si es necesario, de gloriamos ; una simpatía de la especie que acabamos

de explicar nos arrastaba hacia Byron. No era ciertamente la atracción que el gemio inspira al genio ; era al menos un sentimiento sincero de admiración, de entusiasmo y de reconocimiento ; por que se les debe un reconocimiento á los hombres cuyas obras y acciones hacen palpar noblemente el corazón. Cuando se nos anunció la muerte de este Poeta, nos pareció que nos arrebatában parte de nuestro porvenir. Hemos renunciado con amargura á la esperanza de estrechar con Byron una de esas poéticas amistades que no es tan dulce y glorioso cultivar con la mayor parte de los principales talentos de nuestra época, y lo dirigimos este hermoso verso de un Poeta de su escuela saludando la sombra de Andres Chenier..

Adieu donc, jeune ami que j'ai n' ai pas connu [1]

Pues que hemos vertido una palabra sobre la escuela particular de Lord Byron, eso será tal vez fuera de propósito examinar aquí que lugar ocupa en la union de la actual, que se ataca como si pudiera ser vencida, que se calumnia como si pudiera ser condenada. Talentos fatuos, hábiles para dislocar todas las cuestiones quieren acreditar un error bien singular. Se han imaginado que la sociedad presente estaba espesada en Francia por dos literaturas absolutamente opuestas ; es decir, que el mismo árbol llevaba naturalmente á la vez dos frutos de especie contraria, que la misma causa producía simultáneamente dos efectos incompatibles. Pero estos enemigos de las innovaciones no se han hecho cargo que creaban una loggia enteramente nueva. Continúen en tratar la literatura clásica como si viviese todavía, y la que ellos llaman Romántica como si fuese á perecer. Los doctos rectores que proponen sin cesar lo que ha existido por lo que existe, nos recuerdan involuntariamente el Rolando furioso de Ariosto que recoge gavemente á un pasajero de querer aceptar un jumento muerto por un caballo vivo. Rolando, es verdad que conviene que su jumento está muerto, pero también dice que es el único defecto que tiene. Pero los Rolandos del pretendido género clásico, no se hallan aun á esta altura, en cuanto á juicio y buena fé. Es necesario arrancarles lo que no quieren conceder, y declararles que hoy no existe mas que una literatura, como no existe mas que una sociedad ; y las literaturas anteriores, dejando momentos inmortales, han debido desaparecer han desaparecido con las generaciones cuyas habitudes ó conmociones políticas han estropeado. El genio de nuestra época puede ser tan bello como el de las épocas mas ilustres, pero no puede ser el mismo ; no depende de los escritores contemporáneos el

(1) Adios, joven amigo que nunca conocí.

resucitar una literatura (1) nuestra como no depende del Jardinerero hacer reverdecer las hojas del otoño en los gozos de la primavera.

Que no se equivoquen ; sobre todo es en vano que un corto número traten de reunir las ideas hácia el desolante sistema literario del último siglo. Este terreno naturalmente árido, se halla disecado, hace mucho tiempo. Además, no se empiezan los madrigales de Dovata, despues de las guillotinas de Robespierre, y no es en el siglo de Bonaparte en que se puede continuar á Voltaire. La literatura real de nuestra edad, es aquella en que los autores están proscriptos como Aristides, aquella que, repudiado por todas las plumas, está adoptado por todas las liras, aquello que apesar de una persecucion vasta y calculada, ve nacer todos los talentos en su esfera tempestuosa, como esas flores que solo crecen en los lugares batidos por los vientos ; aquella en fin que reprobada por aquellos que deciden sin meditar, es defendida por los que piensan con su alma, juzgan con su talento, sienten con su corazón. Ella no interroga ni el crisol del ateo, ni el escalpelo del materialista. No pide prestado al escéptico esa balanza de plomo de la cual, solo el interés rompe el equilibrio. No inventa en las orgias cantos para los sacrificados. No conoce ni la adulación ni la injuria. No presta seducciones á la mentira. No quita el encanto á las ilusiones, Estrangero á todo lo que no es su verdadero fin, busca la poesía en las fuentes de la verdad. Su imaginación es fecunda por la creencia. Sigue los progresos de los tiempos pero con un paso grave y mesurado. Su carácter es serio, su voz melodiosa y sonora. Es en una palabra, lo que debe ser el pensamiento comun de una Nacion despues de grandes calamidades triste, activa, religiosa. Cuando es preciso, no trepida en mezclarse á las discordias públicas para juzgar las ó apaciguarlas. No estamos en la época de canciones bucólicas, y no es la masa del siglo XIX :

Non me agitant populi fasces, aut purpura regum.

Esta literatura como todas las cosas de la humanidad, presenta su faz consoladora. Dos escuelas se han formado en su seno, que representan la doble situación en que nuestras desgracias políticas han colocado respectivamente los talentos : la resignación y la desesperación. Las dos conocen lo que una literatura burlesca habia no-

(1) Es necesario no perder de vista, al leer esto, que por las palabras *Literatura de un siglo*, se debe comprender no solamente la recopilación de obras producidas durante este siglo si no también el orden general de las ideas y de los sentimientos, que frecuentemente sin conocimiento del autor, ha presidido su composición.

gado, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y las verdades reveladas; pero esta para adorar y aquella para maldecir. La una vé todo de lo alto del Cielo, la otra del fondo del infierno. La primera coloca en la cuna del hombre un ángel que vuelve á encontrar sentado en la cabecera de su lecho de muerte; la otra rodea sus pasos de demonios, de fantasmas y apariciones siniestras. La primera invita á confiarse porque nunca está sola; la segunda horroriza contándola sin cesar. Los dos poseen igualmente el arte de bosquejar escenas graciosas y sombrar figuras terribles; pero la primera, trata de no despedazar nunca el corazón y dá á las figuras mas sombrías no sé que reflejo divino; la primera siempre cuidadosa en entristecer, derrama sobre las imágenes mas rientes una luz infernal. La una, en fin, se parece á Enmanuel, dulce y fuerte, recorriendo su regado sobre un carro de rayos y de luz; la otra es el soberbio Satanás que arrastró tantas estrellas en su caída cuando fué precipitado del Cielo. Estas dos escuelas gemelas, fundadas sobre la misma base, y nacidas, por decirlo así, en la misma cuna, nos parecen especialmente representadas en la literatura europea por dos ilustres genios: Chateaubriand y Byron.

Al salir de nuestras prodigiosas revoluciones, dos órdenes políticos luchaban sobre el mismo suelo. Una sociedad vieja acababa de desplomarse; una sociedad nueva empezaba á elevarse. Aquí ruinas, allá boquejos. Lord Byron en sus lamentaciones fúnebres, ha expresado las últimas convulsiones de la sociedad espirante. M. de Chateaubriand con sus inspiraciones sublimes, ha satisfecho las primeras exigencias de la sociedad reanimada. La voz de la una es como la voz del cisne á la hora de la muerte: la voz del otro es semejante á la del Fenix renaciendo de su ceniza.

Por la tristeza de su genio, por el orgullo de su carácter: por las tempestades de su vida, Lord Byron es el tipo del género de Poesía del cual ha sido el Poeta. Todas sus obras están profundamente marcadas con el sello de su individualidad. Es siempre una figura sombría y altanera que el lector vé pasar en cada Poema como al travez de una gaza funeraria. Sugiere algunas veces, como todos los pensadores á lo vago y á la obscuridad, hay palabras que sondan toda una alma, hay suspiros que relatan toda una existencia. Parece que su corazón se entreabre á cada pensamiento que surge como un volcan que vomita relámpagos. Los dolores, las alegrías, las pasiones, no tienen para él misterio, y si no hace ver los objetos sino al travez de un velo, muestra desnudas las regiones ideales. Puede

reprochársele descuidar mucho el orden de sus poemas, defecto grave, porque un poema sin orden, es un edificio sin vigas, un cuadro sin perspectiva. Seria de desear algunas veces que este pintor tan fiel de las emociones interiores, arrojase sobre las descripciones físicas claridades menos fantásticas, tintes menos vaporosos. Su genio se parece á aquel que pasea sin objeto y sueña caminando, y que, absorvido en una intencion profunda, no conserva mas que una imagen confusa de los lugares que ha recorrido. Sea lo que sea, aun en sus mas bellas obras, esta caprichosa imaginacion se eleva á altares á donde no se puede llegar sin alas. El águila ha querido fijar sus ojos sobre la tierra sin dejar de conservar por eso la mirada sublime que se estiende hasta el sol. Se ha pretendido que el autor de *Don Juan* pertenecia, en algun modo, a la escuela del autor de *Cándido*. Error! hay una diferencia enorme entre la risa de Byron y la risa de Voltaire. Voltaire no habia sufrido:

Se nos presenta la ocasion de decir algo sobre la vida atormentada del noble Poeta: pero en la incertidumbre en que nos hallamos sobre la causa de sus desgracias domésticas que han amargado su carácter, preferimos callarnos de temor que nuestra pluma no se desvie apesar nuestro. No conociendo á Lord Byron mas que por sus Poemas, nos es grato suponerle una vida segun su alma y su genio. Como todos los hombres superiores, ciertamente ha sido presa de la calumnia. A ella solo atribuimos los rumores injuriosos que por largo tiempo han acompañado al ilustre nombre del poeta. Aquella á quien ella pudo ofender con sus culpas sin duda las habrá olvidado ante su muerte. Esperamos que ella le ha ya perdonado, porque somos de aquellos que no creen que el odio y la venganza tenga alguna cosa que gravar sobre la piedra del sepulcro.

Y nosotros, perdonemosle hasta sus faltas, sus errores, y hasta las obras donde ha podido desconder de la doble elevacion de su carácter y talento, perdonemosle su muerte tan noblemente, ha caido con tanta gloria! Él parecia allá como un representante belicoso, en la Patria de las musas antiguas. Generoso auxiliar de la gloria, de la religion y de la libertad, habia llevado su espada y su lira á los descendientes de los primeros guerreros, de los primeros poetas; y ya el peso de sus laureas hacia inclinar la balanza en favor de los desgraciados Helenos. Nosotros, le debemos particularmente, un reconocimiento profundo. Él ha probado á la Europa que los poetas de la nueva escuela, aunque no adoran los Dioses de la Gra-

cia pagana, admiran siempre sus heroes, y que si se han desertado del Olimpo, al menos no han dado un adiós á las Termópilas.

La noticia de la muerte de Byron ha sido recibida con todas las muestras de un dolor universal. El cañon de los Griegos ha saludado por largo tiempo sus restos, un duelo nacional se ha consagrado á la pérdida de este extranjero en medio de las calamidades públicas. Las puertas orgullosas de Westminster se han abierto por si mismas, para que la tumbadel Poeta venga á honrar el sepulcro de los Reyes.....

(VICTOR HUGO.)

A. M.

BIOGRAFIA DEL CANCELIER BACON:

FRAGMENTO SEGUNDO.

El jóven abogado encontró mas justicia fuera de su familia que en ella. A los 26 años fué nombrado Asesor en su Colegio de Abogados, y dos años despues lector para el tiempo de cuaresma: en fin en 1590 recibió el título de consejero extraordinario de la Reina, primer favor que no producía ninguna utilidad: instando siempre á su poderosa familia para obtener una posicion segura, y que no le obligase á trabajar como esclavo, sufrió con una serenidad y paciencia, que tocaban en bajeza, el mal humor de su tio, y las ironias de sus primos, que se burlaban siempre de su vida contemplativa, perdido, segun ellos en las nubes de una filosofía demasiado sublime para ocuparse de los negocios de la vida común: pasó mucho tiempo antes que los Cecils, en un acceso de generosidad, ó de capricho le procurasen la vacante del registro de la cámara estrellada: empleo lucrativo, pero que tardó muchos años en vacar, y que dejó á Bacon en la necesidad de trabajar para el pan de todos los dias.

Nombrado miembro del Parlamento por el condado de Middlesex entró en la cámara en 1593, y no tardó en adquirir una reputacion de discusidor. En los fragmentos que nos han quedado de sus discursos, se encuentran esa riqueza de imaginacion, esa fuerza de expresion compacta que caracterizan sus escritos. La estension tan variada de sus conocimientos le permitian divertir su auditorio, y sostenor su atencion por alusiones felices, que pudieran muy bien parecerse gigantescas ó pueriles, pero que no parecian menos agradables al gusto de aquel tiempo. "He conocido en nuestros dias dice Ben Johnson, juez irrefragable,

un orador fuerte, lleno de gravedad en su lenguaje: noblemente satírico, siempre que pueda permitirse un epigrama, y lanzarlo; Nadie habla con mas claridad, y con mas solidez. No deja vacío, ni emplea palabras ociosas en lo que tiene que decir: cada parte de su discurso tiene un valor propio: no se puede ni tocar, ni permitirse una distraccion sin exponerse á perder algo de excelente: era rey cuando hablaba suavizando, ó irritando á sus jueces, segun queria: Nadie disponia de un modo mas absoluto de la benevolencia de sus oyentes: nada se temia, sino el que cesase de hablar." Sin duda Johnson no habia oido hablar á Bacon sino ante los Tribunales, porque en aquel tiempo la cámara de los comunes era poco menos que inaccesible al público. Este filósofo, observador delicado de todas las conveniencias, no empleaba sin duda, en presencia del Parlamento la misma elocuencia de que se valia en la Corte del Banco del Rey: pero la elegancia de la locucion, y de la dición que le distinguia se hacia notar lo mismo en el representanté del condado, que en el abogado de la Reina.

El juego político que Bacon intentó hacer entónces era muy difícil, conservar el favor de la Corte, y adquirir el del Pueblo. Solo él podia esperar el suceso de semejante empresa: capacidad rara, mérito precoz de juicio, sangre fria inalterable, gracia perfecta en sus maneras, todo esto era necesario para no abortar en sus maneras. Solo una vez un raptó de patriotismo le llevó mas allá de la prudencia, raptó que le costó largos, y amargos remordimientos y de que se guardó muy bien en adelante. La corte pedía subsidios considerables, y los pedía con urgencia. "Es necesario, dijo Bacon con toda la energía que mostró mas tarde el largo Parlamento, que para satisfacer estas demandas los gentiles hombres vendan sus bajillas, y los colonos sus platos de estaño? Estamos aquí para consultar la salud del Reino y sondar sus llagas, no para desollarlo. Hé ahí los peligros que corremos: descontentar el Pueblo, y comprometer la seguridad de S. M. que necesita del amor de sus vasallos, mas que de sus dineros hacer esperar á los Príncipes que le sucedan una complacencia igual á la nuestra, y arrojar en lo futuro un antecedente desgraciado para nosotros como para nuestros descendientes: ved la historia. Ella dice que la Nacion Inglesa jamás se distinguió de las otras, por su bajeza, sumision y facilidad de conceder impuestos." Esta explosion de patriotismo irritó, del modo mas vivo la Reina y los Ministros.

Por menos que esto, la orgullosa violencia de los Tudors envió á la Torre mas de un honrado representante de los Comunes. El jóven patriota se abatió á dar las

retractaciones mas abyectas. Suplicó al gran Tesorero que atendiese á su desgraciado pariente, á su pobre servidor una mano caritativa. Las cartas que sobre esto escribió al Gran Canciller pueden correr á la par con las cartas mas bajas que salieron de la pluma de Ciceron durante su destierro: la leccion no se perdió, jamas volvió á caer Bacon en tan noble falta.

Todo debía convencerle, que nada podia esperar de esa familia poderosa, á la que por doce años habia dirigido tan constantes, y tan humildes solicitudes; volvió á otro lado. Entre los cortesanos de Isabel, se vió aparecer un nuevo favorito, jóven, rico, noble, brillante, lleno de talentos, de elocuencia, bravo, generoso, ambicioso. En medio de la tempestad, de las pasiones, ni Leicester habia recibido de Isabel muestras de estimacion tan nobles, como las que la Reina ya con canas daba á este jóven, adorno de la Corte, ídolo de los ciudadanos, protector de los literatos y militares, asilo de los católicos y de los puritanos perseguidos; contra este rival terrible, y nuevo no le bastaban á Burley para defenderse ni su tranquila prudencia, ni su consumada experiencia. El viejo político que habia triunfado de tantos obstáculos, y luchado contra dos generaciones de rivales, y de cólegas plegaba ante el renombre y la nueva influencia de Essex.

A fines del reinado de Isabel, su Corte, y su consejo se dividian en facciones, cuya historia aunque muy instructiva, ofrece poco interese; para conseguir cualesquier objeto, cuya puerilidad reconocia uno y otro partido, todos empleaban los medios que emplean los hombres de Estado sin escrúpulos. Despues de un gran movimiento el espíritu público hace alto, para recobrar sus fuerzas y dar un segundo salto; la violencia del impulso, que desde la separacion de Lutero, y Roma, habia precipitado el espíritu por cincuenta años, en la carrera de la libertad, habia calmado; se habian fijado los límites que hoy separan el catolicismo del protestantismo. La Inglaterra, la Escocia, los reinos del Norte de una parte; de la otra la Irlanda, la España, el Portugal, la Italia. Desde esta época la linea de demarcacion, que cruzaba los Países Bajos, la Alemania, la Suiza, separaba como hoy Provincias, cantones, electorados; católicos de un lado, protestantes de otro. En cuanto á la Francia, tierra disputada por las dos facciones, la lucha era tenaz, y no terminada. Desde entonces los ejércitos beligerantes, no han hecho la guerra, sino para guardar sus conquistas, y á pesar de algunas invaciones parciales, la linea de fronteras respectivas quedó, en lo general la misma.

¿ Porque no sucedió un reposo completo á un movimiento tan terrible? ¿ Porque el protestantismo, que en una época poco ilustrada, y sin libertad se llevó todo por delante, suspendió su violencia, y no ha hecho en un tiempo de tolerancia, y moderacion un progreso sensible, una conquista apreciable? ¿ Porque han faltado sucesores de Lutero, Calvino, Kuox y Lyngle? ¿ Porque ha habido menos convertidos á la comunión protestante, en dos siglos y medio, que en un año de los inmediatos á la reforma? He mirado siempre estas cuestiones como los problemas mas interesantes de la historia moderna. Sea cual fuere la causa, en los últimos tiempos de Isabel el protestantismo, para servirme de las palabras del Apocalipsis *habia renunciado á sus primeros amores, y habia cometido su obra.*

La gran lucha del siglo diez y seis habia cesado, la del diez y siete no habia empezado. Los miembros del largo Parlamento aun estaban en la cuna: los confesores del reinado de Maria habian muerto: los Papistas habian perdido todo poder político, los Puritanos aun no se habian hecho formidables. Esos gérmenes de revolucion que el observador y el filósofo descubren hoy en los últimos Parliamentos de Jacobo, no se manifestaban por ningun síntoma. El Ejército de los ambiciosos se dividia en dos batallones: su combate se dirigia solo á obtener el poder; sus opiniones, sobre los puntos importantes, eran conformes: ambos pertenecian á la Iglesia establecida, profesaban á la Reina una lealtad sin límites, querian la guerra contra la España, estaban de acuerdo (al menos todo concurre á hacerlo creer) en cuanto á la cuestion de sucesion al trono: igualmente agenos á los proyectos de reforma no pensaban en aligerar las cargas del Pueblo, defendian con un celo que rivalizaba los abusos mas irritantes, que se habian consentido en manantiales productivos para ambos. El monopolio de naipes pertenecia á Raleigh, el de los vinos á Essex. Si hubiesen podido acordarse sobre los límites respectivos de su crédito, y poder, no hubiera habido entre ellos la menor discordia.

En la conducta política de Essex no se encuentra nada que dé derecho á la estimacion. Aun la compasion que nos inspira su fin prematuro, y terrible se jibilia por el crimen que cometió, comprometiendo, en sus miras puramente personales, la vida y la fortuna, de sus mas apasionados amigos, la salud y el reposo de toda su patria. A pesar de esto ¿ cómo no interesarse por este hombre tan valiente, de un caracter tan generoso y tan elevado, temerario, y aun atrevido con una soberana que hacia

temblar á todos delicado y benéfico con sus dependientes? Bionhechor poco vulgar, que queria inspirar no la gratitud sino el amor, y que se hacia el igual de aquellos á quienes servia. Su espíritu ardiente, entusiasta, sensible por todo lo que era grande, se dejó arrebatarse, y seducir por el genio, y las calidades brillantes de Bacon: muy pronto se formó entre ambos una intimidad estrecha: debia tener un desenlace trágico, doloroso é infame.

En 1594 vacó el empleo de Procurador general: Bacon espera obtenerlo. Essex hizo causa propia de la de su amigo: solicitó, prometió, amenazó, pero en vano. Probablemente la nueva relacion, que unia Bacon al conde habia reanimado la antipatia de Cecils. Un dia Roberto Cecils, que está en vísperas de ser Secretario de Estado, se encontró con Essex en un mismo coche.

Milord, dijo Cecils, la Reina quiere que se provea sin demora la plaza de Procurador general. Le ruego quiera decirme quien es su protegido.

Estraño vuestra pregunta, contestó el Conde: me intereso por vuestro primo Francisco Bacon: le defiendo contra todos, y públicamente, y vos no podeis ignorarlo.

Dios mio! Estraño que vuestra señoria se empeñe tanto en una cosa, que probablemente no saldrá bien. No hay ejemplo de que semejante empleo se halla entregado á la inesperienza de un hombre tan jóven.

No necesitamos ir muy lejos, repuso el conde, (que sabia que Cecils, de menor edad que Bacon, iba á ser nombrado Secretario de Estado) para citaros un ejemplo de otro mas jóven que Bacon, menos esperto, menos instruido, Sir Roberto, y que sin embargo hace los mayores esfuerzos para obtener funciones mucho mas importantes.

Me atrevo á decir, Milord, que creo tener una capacidad correspondiente al empleo que solicito, y que los largos servicios de mi padre justifican el favor de la Reina: en cuanto á mi primo, Francisco Bacon, si él se contentase con el empleo de Procurador General su pretension podia *digerirse* con mas facilidad.

Digerirse! exclamó el jóven entusiasta, que conocia muy bien, que no podian compararse ni la capacidad de Roberto con la de Francisco ni los servicios de los padres de ambos. No empleis semejantes palabras. Es necesario que Francisco sea Abogado general: emplearé para ello todo el crédito, poder, autoridad, y relaciones que tenga. Disputaré para él este empleo á cualesquiera, que pretenda ocuparlo: quien me impida obtenerlo me lo pagará bien caro. Pensad lo que os digo, Sir Roberto. Yo me declaro abiertamente, y no puedo menos de estra-

ñar que el gran Canciller, y vos os obtinéis en separar á vuestro primo, para favorecer un estraño: comparad sus derechos y los de su competidor, y vereis que no hay términos de comparacion.

Los esfuerzos de Essex fueron inútiles: otro fué nombrado. El Conde solicitó despues para su protegido el empleo de Procurador general, y esta vez el gran Canciller no se mostró desfavorable al sobino. Despues de una pretension que dura año y medio en que Essex apuró todo su crédito, influencia, y recursos, este segundo empleo también fué dado á otro. Chasco que Essex sintió vivamente, y que le dió la ocasion de mostrar la generosidad mas delicada, y la compensacion mas noble. Regaló á Bacon una propiedad situada en Twickenham y que valia cerca de 2000£: regalo hecho con una delicadeza inesplicable, que (mas tarde lo confesó Bacon) aumentaba el precio.

Poco tiempo despues de esto fué que Bacon publicó su primera obra. El pequeño volumen, con el título de los *Ensayos*, cuya extension se aumenta considerablemente con repetidas ediciones, obtuvo desde el principio el suceso popular que merecia. En poco tiempo se reimprimió, se tradujo al italiano, al francés, al latín, y formó muy pronto la reputacion del autor: pero esta reputacion aun que crecia no mejoraba su fortuna. Se vió tan embarazado en sus negocios que un jóyero le hizo prender por una suma de 300£. Sin embargo la generosidad de Essex se mostraba infatigable. Al embarcarse para España en 1596, dirigió muchas cartas á sus amigos recomendandoles los intereses de Bacon durante su ausencia. Le estaba reservado aumentar el brío de las armas inglesas, adquirido en las jornadas de Arincourt, y Blenheim. Su valor, sus talentos, la generosidad, y la humanidad de su caracter, hicieron de él el ídolo de sus conciudadanos, y arrancaron elogios á los enemigos que venció. Orguloso, violento el lustre de sus acciones hizo resaltar sus defectos: pero para Bacon siempre fué el mismo. Bacon que no hubiera rehusado hacer su fortuna por un matrimonio, habia puesto los ojos sobre una viuda llamada Hatton, cuyo caracter extravagante y violento era la vergüenza, y el tormento de su familia, pero cuya riqueza considerable obligaba á los ambiciosos á cerrar los ojos sobre sus defectos. Essex se interesó vivamente por su amigo, y sus cartas escritas con este motivo, y que aun se conservan; respiran la amistad mas tierna. "Yo suplicaria decia, á mi hermana, ó á mi hija que se casasen con él; proteato que lo preferiria á los títulos mas brillantes, y á

la mejor fortuna. Por felicidad de Bacon, no pudo obtener la mano de esta mujer, que le hizo un doble servicio, primero el de no admitirlo, y despues el de casarse con su enemigo mortal, Sir Eduardo Coke, pedante de mala alma, de enterdimento limitado, y á quien ella hizo tan desgraciado como lo merecia.

LOS BESOS.

Léjos de mí la idea de escribir una larga disertación sobre la importante materia de los besos. Para entrar en tan árdua empresa, fuera menester á mas de un tacto delicado, una esquisita erudición, y yo, á decir verdad, ni tengo la necesaria dosis de lo primero, ni he saludado mas libros que el Kémpis y el Ramillete de divinas flores, donde no se tocan ni aun por incidencia tan profanas materias. A riesgo, pues, de decir sendos disparates, en lo cual no haré mas que imitar á muchos literatos de café, hablaré dos palabras á mis amables lectoras encaminadas á desarraigar de su repertorio de política una moda transpirinaica que han adoptado por imitación, y en que continúan por costumbre. Hablo de aquel violento cumplido de las damas, que consiste en estampar dos ósculos en las mejillas de una amiga, y recibirlos en seguida como si nada hubiese dado.

Besar (si es que no mienton los redactores de nuestro diccionario, lo que no se puede presumir en personas tan graves) "es tocar alguna cosa con los labios, en señal de amor ó reverencia," lo que pronunciado en otros términos quiere decir que solo el amor ó el respeto pueden impelir á una persona á tocar alguna cosa con los labios. Si esto es así, como necesariamente debe ser, primero porque lo dicen los académicos de la lengua, y segundo porque lo afirmo yo, déjase inferir que besar por cumplimiento no es besar, porque ni el cumplimiento es amor, ni tampoco respeto, como probaré despues. Besar á un niño cuando se sonrio dormidito en la cuna, á un perrillo faldero cuando deshace á retozos la ostra, á un esposo cuando entra á ofrecer á su cara costilla un pañuelo de tartan, ó en fin, á un hermano... ó á amigo joven que sea muy antiguo en la casa; esto si que es tocar alguna cosa con los labios en señal de amor, y por consecuencia, besar. Cojer respetuosamente la mano de señora madre y acercarla á la boca, cuando está sorprendido un secreto amoroso ó sabe que le

han hurtado un hojalde de la alacena, esto tampoco dudo que sea tocar alguna cosa con los labios en señal de reverencia, porque entonces dice tácitamente: "Mamá, perdona que me haya atrevido á amar sin consultarlo contigo, Mamá, disimula mi golosina." Y tan humilde confesion indica reverencia y respeto á los mayores, cosa muy recomendada por Dios y el catecismo.

Esos son los dos únicos casos en que sea permitido besar: salvo aquellos otros en que se hace tropezando ó oscuras, y como esto equivale á dar coscorrones, no hay para que hacer uso de aquel verbo, harto desgastado ya por el continuo uso que de él se hace.

Que el beso de cumplimiento no indica nada, se prueba claramente con una sencilla observacion. Ved aquella niña que humedece las mejillas de su amiga que viene á visitarla, y oídla despues que ha bajado la escalera. ¡Qué coquetuela, esclama, y qué fastidiosa es la chiquilla! no he visto presuncion mas ridícula, ni aire mas amanerado, ni modales mas toscos, ni... Ola, ola, ya está probado mi argumento. Aquí no hay amor, y si lo hay no quiero ser amado nunca. Tampoco respeto, ¿ luego que hay? Una apariencia, un movimiento de urbanidad, una fricción ó roce suave que exige la política, un acto, en fin, que se parece al beso, pero que no es realmente beso, ó miente el diccionario, lo que no puede ser, como ya dejo dicho. Aun hay mas, es un acto ilegítimo, porque no teniendo significado propio en la lengua castellana, se ha introducido furtivamente y á guisa de contrabando, siguiéndose de su uso como es natural, en quedar en parte defraudados los intereses del amor, principal accionista y recaudador de este tributo.

Yo no fatigaré á mis lectores con mas largas explicaciones acerca de tan importante materia, porque bastan estas breves indicaciones para que otras plumas mas expertas se ocupen en dilucidarla, y me limitaré solamente á transcribirles una carta que me fué entregada dias pasados por una niña, cuyo retrato bosquejaré en dos palabras, aun cuando arriesgue en ello mi reputacion de dibujante.

Era de proporcionada estatura y esbulto talle; ojos negros y lánguidos, incoloros, ó lo que es lo propio de color sentimental, boca pequeña y entre abierta, con cierta dejadez estudiada, descarnidas mejillas, sombras oscuras al rededor de los párpados, garganta pequeña y envuelta en un largo figaró prendido á la negligé, nariz aguileña, pero bien pronunciada... El cabello que era negro y lustroso le caia en dos haces á un lado y otro de la frente descendiendo hasta las estremidades de las orejas, en cuya

convexidad se ocultaban; formando el rostro todo una espacio de O' del moderno abecedario inglés. Su vestido estaba cortado con arreglo al último figurin, y su persona toda respiraba aquel aire particular de sentimentalismo, de abstraccion, de melancolia, y de dulce abandono.

Esta interesante criatura, tuvo pues, la bondad de dirigirse á nos; zarcidor de artículos del corriente siglo, y depositar en nuestras manos la epistola original, cuya copia acompañamos para que obre los oportunos efectos á que se dirige.

Señor Editor &c.—Muy Sr. mío.—Si V. no es insensible á las lágrimas de una mujer, si V. no conoce por desgracia los espantosos efectos de una afección nerviosa, no me niegue el apoyo de su pluma para denunciar un hábito de nuestra sociedad moderna, un hábito que me pone al precipicio de arruinar mi salud y destruir todo el sistema armónico de mi delicada complexion. Yo frecuento una tertulia, adonde concurre una señora de cierta edad: el tiempo ha mutilado sus dientes; y sembrado su rostro de espantosas arrugas: la muerte que ya se acerca con pasos agigantados hácia ella, la abánica con sus alas y hace que exhale por su boca un olor cadavérico... ¿ que horror?... es una mujer espantosa, Sr. Editor mio, tan espantosa como el cólera!... y á pesar de esto, alterna con las jóvenes llenas de frescura y de gracia, y se deja besar como si fuera una niña... ¡ Ah! por piedad combatid con todas vuestras fuerzas esta violencia costumbre... Cuando me retiro por las noches, yo me acerco á su rostro temblando como una víctima que conducen al ara, cierró mis ojos al aproximar los labios á aquel inmundó esqueleto: é imprimó en él toda trémula, dos besos pálidos semejantes á un pan mal cocido, y apenas mi boca ha sentido el contacto de sus mejillas, un temblor involuntario oprime mi corazon, y un hedor insoportable me desvaneece y acongoja. Mi estómago se destruye de día en día, mis nervios se resienten de un padecimiento tan cruel... ¡ Ah! moje V. por piedad su pluma en aquella hiel que corroo, y compadecido de mi martirio afee V. el grito repitiendo conmigo: ¡ maldicion á la opresora etiqueta! ¡ maldicion eterna á los besos de cumplimiento!—Es copia.—

C. Diaz

(El Guardia Nacional de Barcelona.)

EL ADIOS DEL POETA.

Genio, inspiracion divina,
Fuego devora mi frente;
Fuego devora mi mente...
Una llama celestial.
Mas que impertá! si la tumba
Pronto ahogará el genio mio,
Como el torrente bravío
Que se sepulta en el mar.

Que importa! si en triste lecho
Ay! mi vida se consume,
Como el divino perfume
De una purísima flor.
Que! si ya un genio maldito
Puso su dedo en mi frente,
Si allí con mano inclemente
Signo de muerte estampó:

Si el destino inexorable
A sufrir me condenara,
Si solo al mundo me echara
Para vivir y penar.
Si mis lágrimas cayeron
Confundidas entre el cieno
Sin caer ¡ay Dios! en el seno
Del amor ó la amistad:

Que importa! si nunca, nunca,
Mi boca se unió á otra boca,
Si ya mi cabeza toce,
La tumba... la eternidad.
Si ya en el lecho de muerte
Yo doy un adios al mundo,
Donde corre un aire inmundo
Que no puedo respirar.

Deja ¡ oh Dios! que antes que exalo
Yo, el postrimer aliento,
Deja que goce un momento...
Que sepa lo que es amar.
Deja que un ángel divino
Baje desde el alto Cielo,

Y que en su rapido vuelo
Me toque su ala al pasar.

Deja que una virgen pura
Se acerque al lecho de muerte,
Que pose mi boca inerte
En su faz angelical.
Deja que oprima su mano
Besandola con ternura,
Que repose mi cabeza
En su seno virginal.

Inspirame un himno bello;
Un himno á la Patria mia,
Que baje á la tumba fria
Cantando la libertad.
Libertad! al pronunciarlo
Mi ardiente pecho se inflama,
Hirviendo, como la llama
En el crater de un volcan.



Yo muero y mi nombre jamas repetido,
Será en otro clima, ó en otra región,
Oscuro y sin fama yo bajo á la tumba
Y siento en mi mente de gloria el ardor.
La muerte se acerca con paso gigante
Al lecho de muerte de fiero dolor,
Su mano de hierro me oprime, me ahoga;
Su mano de hierro me quita la voz.
Aliento de muerte que apaga mi vida,
Que fiero marchita mi tierno verdor,
Oh patria! me impide que llegue á tus aras,
Y pueda yo en ellas poner una flor.
Adios mis ensueños; adios ilusiones;
Soñadas delicias, ventura y amor.
Yo dejo este mundo: volando así al Cielo
Le doy á esta tierra el último Apros.

A. M.

LA EXPIACION.

Á una corta distancia de Roma y de la via Apia, en medio de un campo abandonado, una caverna, desierta en la apariencia, abre su misteriosa profundidad. Así que las

sombras de la noche se extienden por las siete colinas de la ciudad-eterna, grupos de hombres, de mugeres y de niños marchan, envueltos con ropas de un color sombrío, con la frente baja como si meditasen un crimen, llegan á la caverna como al punto de reunion dado, y se deslizan por su entrada tenebrosa. Esta caverna es la entrada de las Catacumbas; este pueblo que huye y que se oculta, son los cristianos que van á llenar los deberes de su religion.

Despues de muchas vueltas, despues de haber atravesado una multitud de galerias que se cruzan en todos sentidos, los fieles llegan por fin al recinto consagrado donde los misterios de la divinidad van á revelarse. El altar se halla esculpido en la roca; dos cirios y una lámpara suspendida á la bóveda, arrojan apenas bastante claridad en aquellos lugares funebres para hacer la obscuridad mas visible. Un sacerdote revestido de un ropaje episcopal, cuyas manos tiemblan no de temor, sino de vejez, principia el Santo Sacrificio.

Dos mugeres cubiertas de largos velos blancos se hallan arrodilladas al pie del altar. La una pálida y lánguida se halla encorvada con el peso de la vida y que la soporta como una carga muy pesada para ella; la otra tiene mas años y mas valor, y soporta á su vacilante compañera. Es la hija y la madre: ¿Con que motivo se hallan colocadas en un lugar distinguido en la primera hilera? En las congregaciones de los cristianos reina la igualdad; no hay ni primeros ni últimos; quizá la casualidad les ha dado ese lugar?

No, es la modestia de los fieles; los fieles quieren manifestar su respeto á las dos nuevas neofitas. ¿Que victoria han reportado los ministros del verdadero Dios sobre los sacerdotes de la idolatria? Estas dos mugeres que vienen á rogar furtivamente en las Catacumbas, casi solas, son la muger y la hija del Soberano de la tierra, del Emperador Dioclesiano. Prisca y Valeria prosternan su frente imperial, ante el altar donde el Cristo vá á descender en el Sacramento de la Eucaristia.

Entretanto dos emisarios de Galerio, el futuro hijo y el favorito de Dioclesiano, han seguido á las Princesas. Ellos se hallan mezclados en la muchedumbre de los cristianos y llegaron con ellas hasta el mismo Santuario, el piadoso recogimiento de los cristianos que juntan sus manos y tienen los ojos bajos hácia la tierra les impide el observar la insolencia de los espiones de su perseguidor. "Todo está descubierto, dice uno de ellos al oido de su compañero; ya ves que las primeras relaciones que le

hicieron á Galerio no eran falsas. La Emperatriz y su hija han abrazado la religion de estos viles esclavos! Oh baldon eterno sobre la púrpura de los Césares! Ven, vamos á completar nuestra mision; vamos á contárselo á Galerio."

Los dos delatores se alejan. El espíritu del mal, que se sonríe de sus proyectos, los guia al traves de las intrincadas galerias de las catacumbas y les impide perderse. Las voces de las vírgenes jóvenes, se elevan modestas y puras bajo las funebres bóvedas, y los ángeles llevan á los pies del Eterno las fervorosas súplicas y las lágrimas de los cristianos perseguidos.

La hora cuarta de la noche ha sonado. Los cristianos se dispersan. Prisca y Valeria, seguidas solamente de una muger y de un oficial cristiano como ellas, entran por una puerta secreta al palacio de los Emperadores. Al rayar el dia uno de los principales oficiales del palacio entra y les anuncia que Dioclesiano quiere hablarlas. Los deseos del soberano del mundo son órdenes á las que ningún mortal debe tentar el substraerse. Las Princesas apenas osan confiarse con una mirada sus temores mutuos. Llegan á las habitaciones de Dioclesiano; se halla solo y se pasea con un aire agitado.

Despues de haber alejado con un gesto al oficial que acompaña á su muger y á su hija, se pára con una actitud amenazante delante de ellas.

"Prisca y Valeria, una turba de fanáticos que adoran yo no sé que judío, nacido en un establo y muerto en una cruz, inquieta el reposo de Roma y del Imperio. Bajo el pretexto de predicar su religion, propagan el espíritu de la rebelion. Ellos son los enemigos de todos los Dioses del Olimpo y los míos, que soy el Cesar y todo lo puedo! Hasta ahora esta secta miserable no ha hallado prosélitos sino entre los esclavos y los insensatos, entre la hez del pueblo y la hez del ejército. Podria yo creer que hubiesen obtenido sucesos mas importantes y que el veneno de sus detestables máximas hubiese contagiado hasta la púrpura imperial? Si fuese verdad, desgraciados de esos impuros insectos que mi pie desdeña rebentar! desgraciados de todos aquellos que se hacen enemigos del Cesar, aunque fuesen de la familia misma del Cesar!"

La Emperatriz estrecha á su hija en su seno: quiere hablar; pero aterrorizada por las amenazas de su esposo y mucho mas por sus miradas severas, ella siente espirar su voz sobre sus labios. Valeria esta vez muestra mas energía que su madre.

"—Señor, le dice, ó mas bien mi padre, pues aun no

me está prohibido daros este nombre; esos de que habláis no son vuestros enemigos; bien lejos de eso, no teneis súbditos mas adictos y mas fieles, nosotras lo sabemos, nosotras que tomamos parte en sus fervorosas súplicas. Sabemos que piden al Cielo que os ilumine, no que os maldiga!"

"—Así, dijo Dioclesiano, no me es permitido dudar de vuestra degradacion y de mi infortunio; sois vosotras cristianas?"

"—Sí, somos cristianas, respondió Valeria uniendo sus manos y levantando sus ojos al Cielo.

"—Ah! hija mia que acabais de hacer? gritó la Emperatriz: esta es la sentencia de nuestra pérdida!" Y cayó desmayada á los pies del César: esto la repele friamente.

"Mañana, dijo, será ofrecido un pomposo sacrificio al Soberano de los Dioses en accion de gracias por una victoria reciente que el Cesar Constancio ha obtenido en las Galias. Mañana me acompañareis al Templo de Júpiter, ó bien, sereis despojadas de vuestro rango, y desheredadas de mi nombre, sereis conducidas á una de mis fortalezas de la Numidia. Este de tierra no concluirá jamas. El Emperador no quiere que su trono sea dividido con una muger que el universo entero sabria que habia sido cristiana. Ni llantos, ni súplicas, esta sentencia es tan inflexible como las del Destino. Volved á vuestra habitacion; el oficial que os ha conducido aquí está encargado de velar á vuestra puerta y de tener cuidado de que esteis solas todo este dia y la noche que le siga: tendreis tiempo de reflexionar lo que os he dicho. Hasta mañana."

Dioclesiano ha desaparecido. Conducen á sus departamentos á las dos Princesas que apenas pueden sostenerse. Prisca se arranca su diadema y el velo blanco bordado de abejas de oro, la rica capa que le cubre las espaldas, y todos los atributos de la grandeza soberana. Oh! hija mia, renunciaré para siempre á esa corona?

"Mi querida madre, responde Valeria, Jesu-Cristo me promete una mas bella.

"—Si: la del martirio. El destierro en la Numidia es la muerte para las dos.

Oh! Valeria, por qué se lo declarastes todo al Emperador? No podriamos adorar á Jesu-Cristo en secreto, como lo hemos echo hasta ahora?

"—Adorar á Jesu-Cristo despues de haberlo negado!

"—Ah! tu tienes razon yo soy una pobre insensata: tú me haces avergonzarme de mí misma. Oh! rogue-

mos, roguemos al Señor con ardor, y que nuestro ángel protector nos inspire lo que debemos hacer. Cualquiera que sea mi resolución tú seguirás mi ejemplo, no es verdad Valeria?"

Las dos Princesas se abrazan y se ponen á orar; pero los ojos que dirigen al cielo están llenos de ideas mundanas: ellas piensan involuntariamente en su querida Italia, en aquella corte brillante, que es menester abandonar por una prision solitaria en medio de los desiertos de la Africa y del cielo abrazador de la Numidia. No era de este modo como los mártires oraban la noche que precedía á su suplicio: enteramente entregados al gozo de ofrecer en holocausto su sangre á Jesu-Cristo, no se ocupaban sino de la Jerusalem eterna donde sus almas iban á transportarse, y no de este mundo percedero donde sus cuerpos iban á ser entregados á la fortuna: el que duda, el que trepida no es aun digno del Reino de los Cielos. La Emperatriz y su hija, cristianas de muy poco tiempo, no tenían esa fé ardiente que fortalece el espíritu del cristiano y le hace mirar con un profundo desden todos las cosas humanas. La cólera de Dioclesiano las atemorizaba tanto como la cólera de Dios. Valeria tenía sin embargo mas valor que la Emperatriz; Valeria sola hubiera tenido bastante fuerza para soportar el martirio; pero no tenía resolución para separar su destino del de su madre.

Oh! si el sacerdote venerable que las instruyó en la fé hubiera podido penetrar hasta el fondo de sus almas; si su voz, profética hubiera podido resonar en sus oídos y patentizarles las felicidades del Cielo, en aquel palacio donde todo les manifestaba las felicidades de la tierra! Quizá fortalecidas en la fé que habían abrazado, hubieran tomado sin temor el camino de la Numidia....

Pero solas! Solas en aquel lento día! Solas toda aquella noche! Solas luchando con sus recuerdos, sus terrores, sus debilidades!... ellas sucumben. Cuando Dioclesiano viene á tomarlas de la mano para conducir las al templo de Júpiter, ellas no oponen casi ninguna resistencia, y los ángeles que el Eterno había enviado á guardarlas se elevan gemiendo hácia las regiones celestiales.

Entre tanto la alegría de los fieles era excesiva al saber la conversión de las Princesas, pero del mismo modo su desesperacion es profunda al saber que han apostatado; pero protestan su frente hasta el suelo y piden nuda á Dios que perdone á las dos mugeres culpables que escandalizan la Iglesia. Pero el Señor ha resuelto hacer un grande ejemplo: ha resuelto precipitar á Prisca y Valeria del rango mas elevado al mas miserable, para probar

que solo en él existe la grandeza y la eternidad. Y en una época en que los mártires de la fé vertían su sangre por todas partes él no debía dejar la apostasia feliz y triunfante; pues iba á brillar el día en que enviando la persecucion á los perseguidores, debía aterrar su suplicio al mundo que había sido testigo de su crueldad.

Dioclesiano ha elegido por hijo político á Galerio, el Dacio insolente, tirano por instinto, sanguinario y voluptuoso. La triste Valeria se ve obligada á unirse á este monstruo! que resistencia podia ella oponer á su padre: ella que no ha tenido bastante fuerza para precaver la perdida de su alma, puede impedir la de su mano? Prisca ve la desgracia de su hija y comprende que esta es la primer venganza del Eterno. Bien pronto la impaciente ambicion de Galerio fuerza á Dioclesiano á abdicar el título de Emperador. Galerio habla como amo; quiere dominar solo toda la tierra, y Dioclesiano, vuelve á ser simple Diocles; y va á ocultar su rabia y su inútil arrepentimiento en los jardines de Salona.

Desde este día Valeria y Prisca no tienen ya mas protector. Valeria esclava mas bien que esposa de Galerio y confinada á lo último de su palacio, no tiene libertad, sino para vertir lagrimas. Su union maldecida por Dios, es castigada con la esterilidad, y cuando al fin ya iluminadas por todos los desastres que recaen sobre ellas no les dejan tiempo de respirar, las Princesas se ponen de rodillas y quieren pronunciar el nombre de Dios á que ellas habían renunciado, un temblor terrible las acomete y caen prosternadas bajo el poder del anatema.....

Diez años habian corrido: la faz de la tierra ha cambiado. Constantino reina en Roma y en todo el Occidente. Licinio y Cesar en las partes Orientales del imperio: Licinio, el feliz compañero de Constantino; pero que no tiene ni su genio ni sus virtudes: Licinio quien se obstina firmemente en cerrar su alma á las verdades del evangelio y de la religion victoriosa. Dos mugeres errantes, cubiertas de vestidos miserables, y que comen el pan de la piedad, llegan á Thesalónica. Una de estas mugeres es jóven aun, la otra está en los principios de la vejez. Al través de sus facciones abatidas por la desgracia se distingue un aire de grandeza y de magestad. Oh! vicisitudes de las cosas de la tierra! oh! terribles decretos de la Providencia! Estas dos mugeres que han descendido al último grado de la miseria, han llevado sobre su frente una corona imperial; son Prisca y Valeria: es la viuda de Dioclesiano y la viuda de Galerio. Los soldados

de Licinio las reconocen y las traen á su Palacio ante el tirano que las hacia perseguir quince meses hacia.

"Valeria! gritó con una voz insolente y con una infernal sonrisa. Y bien! viuda de Galerio, ya te ves en mi poder! Tu madre y tú vais á pagar todo el odio que os tengo á vosotras y á vuestras familias! Valeria, há tres años que reusaste tu mano á Licinio; hoy Licinio te entrega al verdugo. Dad muerte á esas dos mugeres!" Dijo, y la madre y la hija son conducidas al suplicio.

Cuando llegan á la plaza de Thesalónica, en medio de un pueblo que se complace de su suerte, al considerarse de la altura que han caido: madre mia, dijo Valeria, el cielo me ilumina. El Dios de los cristianos es quien nos abate y nos castiga. Nuestro crimen fue sin ejemplo; pero nuestras desgracias lo dispondrán quizá á la clemencia—Madre mia, en esta hora terrible, en esta hora de muerte, elevemos nuestras almas hácia el Cristo que adorabamos en otro tiempo en las Catacumbas! Ofrecámonse nuestra sangre que va á correr y confesemos al espirar la justicia de nuestra muerte! quizá se duela de nuestro arrepentimiento; quizá los desastres que hemos experimentado en este mundo, nos valdrán la felicidad eterna en el otro!

"—Hija mia mia! hija mia!" respondió la Emperatriz, oh! reconocí la justicia de ese Dios que tanto hemos ultrajado; y lo pongo por testigo de que voy á morir sin quejarme. No moriremos juntas hija mia? Pues bien! Sí, roguemos al Señor, roguémosle que sea misericordioso con nosotras! Pidámosle que no nos separe en la eternidad!....."

Ellas se arrodillan ante los verdugos á quienes este espectáculo les quita la cólera. El anatema había cesado; el Eterno permitió que pudiesen acabar sus súplicas..... Cuando acabaron, se echaron en los brazos una de la otra, y sus caras resplandecían con un gozo celestial....

Después les cortaron las cabezas y sus cuerpos fueron arrojados al mar.

(Magasin Religieux.)

EDUARDO SPENCER.

I.

LOS DOS CONDISEIPULOS.

En una mañana del mes de Marzo de 1583, bajaba del palacio de Saint-James un hombre vestido con sencillez

y subía á él otro hombre vestido con elegancia. Cuando se encontraron exclamaron ambos á la vez.

—¡Eduardo Spencer!

—¡Walter Raleigh!

Apretáronse afectuosamente la mano los dos condiscípulos de la universidad de Cambrige.

—¿A donde vas? preguntó Eduardo.

—A la corte. ¿Y tú? contestó Walter.

—Yo, la dejo.

—¿Y porqué? ¿Te ha fastidiado ya la política, á tí secretario de Lord Grey de Wilton?

—¿Por qué, preguntas? porque el aire que en ella se respira enerva la imaginación y corrompe la conciencia; porque es preciso que uno apañe las acciones que en su interior reprueba; que ensalze los crímenes que detesta; que encadene su genio y que selle sus labios; en fin estoy cansado de mentir y de humillarme.

—Y yo, interrumpió Walter, lo estoy de vegetar entre los bosques de Devonshire, como una planta silvestre; lo estoy de mirar el mundo á través de las rejillas de un antiguo castillo. Necesito intrigas que manejar, enemigos que combatir, rivales que vencer y las emociones de los torneos y de los campos de batalla. Quiero enriquecerme como Leicester, hacerme ilustre como Burleigh y temible como Norfolk.

—¿Y morir como él, no es verdad, Walter?; Pobre loco! A Dios enemigo mio. La reina me ha regalado, en recompensa de mis servicios, el castillo de Kilcoman, confiscado á la familia del desgraciado conde de Desmond. Está situado en las riberas de la Mulla, al pié de la montaña de la Mollé, cuya cima es tan blanca como la nieve. Vivió en ese rincón de Irlanda, obscuro como un puritano é independiente como un águila.

Walter se encogió de hombros.

—¡Mira lo que haces, Eduardo! el árbol de los Desmond ha dejado en Irlanda muchos retoños que el hacha de Isabel no ha podido cortar, y la independencia es madre de la pobreza.

Spencer se sonrió.

—No echas tampoco en olvido, Walter, que el favor de que disfrutaban los cortesanos es muy efímero, y que la torre de Londres no está lejos del palacio de Saint-James.

—Veremos! dijo Walter.

—Veremos! repitió Spencer.

Los dos amigos se apretaron de nuevo la mano experimentando al mismo tiempo una especie de tristeza

involuntaria; luego se separaron afectados de una predicción, que tal vez el tiempo debía cambiar en realidad.

II.

EL CASTILLO DE KILCOMAN.

Entre dos montañas de Irlanda, se elevaba, en el siglo XVI, un castillo, flanqueado por cuatro torreones, sobre los cuales había impreso el tiempo aquel venerable orin, que es la egecutoria de nobleza de los monumentos antiguos. En aquel país fecundo en revoluciones, cada piedra tenía su historia; el castillo de Kilcoman tenía la suya; y poco tiempo antes de la época á que se refiere el triste episodio que referimos, se había representado á la vista de sus murallas un drama sangriento. El conde Desmond había sido uno de los principales motores de la insurrección que estalló en Irlanda en 1582; vencido con ella, fue muerto cerca de Kilcoman por un soldado inglés, y enviada su cabeza á Isabel, como prueba de la derrota de los rebeldes, mandó esta princesa que se colocase en el puente de Londres. Sus bienes fueron confiscados y dado su castillo á un poeta joven y elegante. Eduardo Spencer no vació en enriquecerse con los sangrientos despojos del conde de Desmond; y debajo de las bóvedas de Kilcoman solo se oyeron resonar las antiguas baladas de los trovadores. Desterrados de los campos paternales, los herederos del desgraciado conde se refugiaron en los bosques mas inaccesibles de Irlanda; y cuando el célebre Tyrone sublevó aquel país fomentando la gigantesca insurrección que casi derribó el trono de Isabel, el heredero del primitivo señor de Kilcoman, desenvainó la enmohecida espada de su padre, y puso sitio á la morada de sus abuelos.

Protegido por su posición y defendido por la naturaleza, Kilcoman era casi inespugnable pero solo estaba custodiado por cuatro ó cinco criados acostumbrados á llevar una vida pacífica y cuya asistencia en aquel momento era mas embarazosa que eficaz. Sin embargo Eduardo Spencer defendió con intrepidez aquellos muros, que habían conocido otro dueño; pero sus esfuerzos fueron infructuosos, é inútil su resistencia porque los insurgentes arrojaron hachones encendidos al castillo.

Spencer contempló por un momento las lenguas ardientes del incendio, que corrían locamente desde los cimientos hasta la cúspide de los torreones y azotaban las paredes que reducían á cenizas; luego dirigió sus miradas hácia una hermosa y joven muger, que pálida y llorando, estaba refugiada á sus pies.

—Todo se ha perdido! exclamó; no nos queda mas recurso que el de dirigir nuestras suplicas al cielo, para morir en gracia de Dios!

—Morir! murmuró con trémula voz la irlandesa; oh! pero no, Eduardo, me dices eso para asustarme. ¿Qué hemos hecho nosotros para que los amotinados nos asesinen? ¿Qué les importa la vida de una muger, y la de un poeta? ¿Somos nosotros acaso, los que han paseado la fatal cuchilla por sus montañas, y los que han firmado las leyes de sangre que los oprimen!

—¡Pobre muger! replicó el poeta fijando en ella una mirada de estoica resignación: y cuando te hayan privado del techo que te abriga, cuando te hayan quitado hasta el último schelling, y nada tengas en el mundo mas que el manto que te cubre, tendrá la vida algun atractivo para tí; y no es mucho mejor morir hoy, que arrastrar por doquier una pobreza deshonrosa, y heridas incurables?...

La irlandesa clavó en el poeta sus grandes ojos azules.

—No, dijo, un castillo se levanta de nuevo, los bienes se pueden volver á adquirir, pero la muerte no se repara jamas. Aunque los irlandeses se apoderen de tí, no podrán arrebatarte la mejor parte de tus riquezas. Eduardo, siempre te quedará tu genio!

—Excelente recurso! Shakespeare con todo su genio no ganó para comprarse un par de medias cada seis meses: Bon Jonhson con todo su genio se halla confundido en el día entre los bufones de Isabel!

No bien pronunció Eduardo estas palabras, cuando se abrió estrepitosamente la puerta, y entró un joven irlandés con una espada ensangrentada en la mano.

—Por la sangre de mi padre! exclamó dirigiéndose al poeta. Mucho tiempo hace que Enrique de Desmond deseaba tenerte frente á frente para decirte: Por espacio de tres años he estado sumido en la miseria, mientras que tú disfrutabas de mis bienes; he dormido sobre la nieve y tú te calentabas á mi chimenea; he mendigado, he robado, he maldecido á Dios, y tú entretanto hacías relumbiar en las bóvedas de mis abuelos los sonidos de una lira vendida á la tiranía. Toma tu alforja y tu baston Eduardo? Spencer, cumplóse mi misión, la tuya empieza ahora.

El poeta retrocedió á esta maldición.

—Me río de tus injurias, le contestó, tu padre ha sucumbido á una muerte violenta, pero ni yo he sido el soldado que lo ha asesinado, ni el que ha espuesto su cabeza en el puente de Londres. Si me asesinas, cometes un crimen!

Henrique de Desmond lanzó una horrible carcajada.

—Asesinate... oh! no, no. Es forzoso que vivas para que odies mi nombre, como yo odio el tuyo, que por tus mejillas resbalen lágrimas de fuego; que duermas á la intemperie y sobre la endurecida nieve: que te vea yo pedir una limosna, y llevar en pos de tí esos fantasmas de gloria y efimeros recuerdos de tu celebridad.

El irlandés envainó su acero.

—Yo no te asesinaré, le dijo, con risa sardónica, pero tus obras serán sepultadas bajo los escombros de tu castillo; Kilcoman será la tumba de tu genio.

A la sola idea de figurarse Spencer que la colección de las preciosas obras de su talento que se había desenvuelto en Inglaterra con la publicación del *Calendario de Berger, la Reina de las brujas*, y otras varias, iban á ser muy en breve el pasto de las llamas, le faltaron las fuerzas é indudablemente habria sucumbido si no hubiera conocido en los ojos del irlandés que á cuantas humillaciones se hubiese prestado eran del todo inútiles. Convencido de ello presentó la mano á la joven, y atravesó el castillo que ya devoraban las llamas. Apenas llegaron á la montaña, la irlandesa cayó desmayada al pie de la roca.

El poeta la estrechó en sus brazos.

—No te aflijas, la dijo, mostrándole un cuaderno de pergamino que ocultaba entre su camisa, mendigarémos hasta nuestra llegada á Londres, pero llevo conmigo mi *emperatriz Marcilia*.

III.

LA LIMOSNA DE UNA REINA.

Eduardo Spencer llegó á Londres la víspera de San Miguel en 1595.

Su larga peregrinación fué sin duda abundante en curiosas particularidades: pero como la historia no las ha indicado, nos contentaremos con decir que el poeta llegó á la capital de Inglaterra tan pobre como cuando salió de Kilcoman, acompañado de la joven irlandesa, con los vestidos destrozados, el rostro pálido y cubierto de precoces arrugas que demostraban cuanto había padecido.

Así que Spencer puso el pié en su pueblo natal su tristeza se desvaneció, y calculando que sus males iban á concluir, no titubeó un solo instante en dirigirse al palacio de Sain-James sin temer mostrar sus andrajos en una corte brillante y burlesca.

—Un schilling para el autor de la *reina de las Hadas*, exclamó arrojándose á los pies de Isabel, para el amigo de Felipe Sidney.

La reina, casi no reconoció en el rostro lívido del hombre que veía á su poeta favorito. Este, separando de su cara sus largos cabellos ya grises, añadió.

—Señora, creia, gracias á V. M., haber colocado mi nido al abrigo de las tempestades. La suerte se ha encargado de mostrarme que me engañaba. Henrique de Desmond ha vengado á su padre; los irlandeses han incendiado á Kilcoman.

Los delgados labios de Isabel se unieron convulsivamente.

—¡Por la muerte de Dios! exclamó dando una patada, cosa que indicaba en ella una cólera estremada, ya ajustaremos nuestras cuentas y se pagarán con usura los intereses. Esos miserables irlandeses podrán bendecir nuestra clemencia, si nos contentamos con incendiar sus casas desde Dublin hasta el canal de S. Jorge.

Después añadió dirigiéndose al poeta.

—Spencer, no se dirá que el autor de tan preciosas composiciones ha recurrido en vano á nuestra caridad; os nombramos poeta de la reina y os concedemos una renta anual de 50 libras esterlinas.

Saludó en seguida á Eduardo y siguió adelante.

—¡Cincuenta libras esterlinas! murmuró Spencer con amarga sonrisa. Es precisamente lo indispensable para comprar diariamente un pan de cebada y media pinta de ginebra.

IV.

LA BARDILLA DE FIED-STREET.

Los rayos de la luna de otoño coloraban el confuso monton de casas que componian en el siglo diez y seis el cuartel conocido en Londres con el nombre de Fied-Street. En uno de los desvanes mas oscuros de este arbol, refugio privilegiado de todas las personas que maltratadas por la suerte, necesitaban cubrir con un velo su miseria, yacia tendido en un miserable lecho un hombre terriblemente desfigurado por las enfermedades. Su rostro pálido estaba tan arrugado como si sesenta años hubiesen pasado por él, y sus ojos abatidos y vridados se dirigian alternativamente hácia un joven cortesano, sentado en un escaño á la cabecera del lecho y hácia una muger que á poca distancia oraba y lloraba. El enfermo se llamaba Eduardo Spencer, el cortesano Walter Raleigh, y la muger era la irlandesa de Kilcoman, ya esposa del poeta.

—¡En que han venido á parar los dos condiscipulos de Cambridge, dijo Eduardo con voz apagada y dolorosa;

el uno yace en un lecho de paja, pobre y olvidado, el otro en un palacio, y poderoso como la misma reina. Y sin embargo el uno es un hombre de genio, el otro un cortesano vulgar. El uno ha recurrido á bajezas que lo han elevado, y el otro que despreció la adulación y no fué ni cortesano de los ricos, ni el lacayo de los grandes y reyes, ha recibido de la Inglaterra un desvan en que morir y de Isabel cincuenta libras de limosna. Oh! ¿porque la muerte me acusa tan de cerca? Yo hubiera hecho conocer á esa reina ingrata que cuando se compran con 20,000 libras esterlinas las caricias de un amante, se debe apreciar en mas de 50 el genio de un poeta. Me hubiera convertido en el historiador de sus ridiculeses y de sus crímenes, y le hubiera presentado ante sus ojos las lívidas cabezas de Desmond, de Norfolk y de Maria Stuart.

Raleigh manifestaba alguna impaciencia; el moribundo añadió con amargura.

—Este lenguaje te espanta Walter, y con razon; te has hecho su apologista, su amante, y serias mañana su verdugo si ella lo exigiese.

El cortesano se levantó, y tomando una de las calenturientas manos del poeta, dijo:

—Eduardo, no olvides que eres el autor de la *Reina de las Hadas* y de la *Emperatriz Marcilia*, ni me obligues á recordarte que no siempre has juzgado á Isabel con tal severidad. Si no se ha hecho justicia á tu ingenio, atribuyelo á tu orgullo. Has ocultado tu miseria para evitar unos beneficios, que un punto de honor, fuera de propósito, te hacia mirar como limosnas. No hay un solo señor de la corte que no se hubiera honrado con socorrerte si tu hubieses querido, y en cuanto á mí, bien sabes que habria dividido contigo mis riquezas con tan buen gusto como dividia los schillings de mi padre en la universidad de Cambridge.

Hubo un instante de silencio.

Puedes morir tranquilo, ¡gritó Raleigh con emoción con respecto á la suerte de tu muger é hijos. Si, tu gloria debe ser su título de nobleza, mi protección será su caudal. Y además, ¿no dejas en Inglaterra una celebridad inmortal?

—¿Qué me importa? dijo el poeta con sonrisa convulsiva, ¿qué me importa que un poco de humo vano se levante sobre mi sepulcro? ¿que me importa ser grande mañana, si hoy me dejan morir abandonado?

Al decir estas palabras puso Eduardo su helada mano en la del cortesano. Walter se estremeció; separó uno á uno los dedos crispados que se habían asido á los suyos, y llevó á la desgraciada Irlandesa lejos de aque- la escena.

Sucedió á S encer lo que á otros muchos hombres grandes. Luego que se supo en Londres su muerte, todos se compadecieron de sus desgracias, acusaron la injusticia del siglo y quisieron contribuir á los gastos de su entierro. Gastóse en sus funerales mas dinero que el que se hubiera gastado en reedificar á Kilcoman, y en proporcionarle cincuenta años de opulencia. Su cuerpo se depositó en la Abadía de Westminster. Hall y Shakspeare improvisaron sobre su sepulcro, y la corte de Isabel creyó espiar la vergüenza de haberlo dejado morir en la pobreza, dándole un féretro de plomo, y una inscripcion latina por epitafio.

Sabido es el fin de Walter Raleigh. Muchos años despues fue decapitado en la Torre de Londres y cumplida la prediccion del poeta.

(La Paz.)

EL BASTARDO.

I.

La roja llama de un abrasado sarmiento alumbraba sola los ennegrecidos muros de un vasto salon del castillo de Montiel, ó mejor dicho, aumentaba sin alumbrar su aspecto lúgubre. Una fantástica sombra, que desde la estatura natural aumentaba en dimension gradualmente, á punto de no caber en tan anchuroso espacio, volvía poco á poco á su natural tamaño para reproducir de nuevo su antigua y colosal forma: los medidos pasos de un hombre y el sonido de una armadura se hacian oír al mismo tiempo que la sombra variaba, ora alejándose, si aquella disminuía, ora acercándose, si por el contrario aumentaba. En la misma estancia habia otro ser: sobre el fondo negro de las gólicas paredes se distinguía otra sombra blanca, que lejos de variar de aspecto y forma se la hubiera podido creer un ser inanimado, si la violencia de su respiracion no indicase que vivía y sentía; tal era su inmovilidad!... era una muger! Todo su cuerpo se estremeció, cuando una de las veces que la sombra negra se alargaba, creciendo el ruido de sus pasos y el sonido de la armadura, se mezcló á ellos el eco duro de la voz de un hombre: "No, Isabel, no: no estoy satisfecho ni debo estarlo." El personaje que habia pronunciado aquellas frases cesó de hablar y acercándose á la lumbre, hizo

ver, por el escaso hueco que dejaba su visera alzada, un rostro ennegrecido, tanto por el color oscuro que habian dado á su piel los rayos del sol, como por la espesura de su barba y lo poblado de sus cejas, que unidas formaban un arco oval que servia de ancho cornisamento á dos hundidos y pequeños ojos grises en que se reflejaba la llama del encendido fogen:—"Ni la conducta que han observado los tuyos, ni la que tu observas, re, p' ó son capaces de tranquilizarme; los primeros, traidores á su rey y señor han cruzado su hierro con el mío en estos mismos muros, cuando el verdugo de Castilla á quien llamaron Pedro, los ocupaba aun."...—Deténcos conde, porque si continuáis hablando contra los que llevan mi mismo nombre, me obligaréis á reitarme: si me re me habeis encontrado sumisa á vuestra voluntad obedeciendo, tal vez con sobrada humillacion, el menor de vuestros deseos, pero si os puedo sacrificar mi amor propio, no haré lo mismo con la honra de los que tan de cerca me tocan; si vertieron su sangre por este á quien llama's el verdugo de Castilla, la vertieron porque ceñia sus sienes legítimamente la corona de ese reino, ¿por que defenían en él al hijo de vuestro abuelo!...—Isabel, gritó el conde, no repitas la injuria con que me ha motejado tu hermano ó habé de teñir mi hierro por segunda vez en la sangre real portuguesa"... una conmocion violenta indicó la terrible impresion, que este recuerdo produjo sobre la desventurada... un intervalo de silencio, sucedió á esta estrepitosa detonacion, despues del cual continuó el conde.—"Se que soy bastardo... asi me llaman, lo sé; sin embargo el Rey tu padre solicitó para tí la mano del hijo de Enrique; busco el enlace de Don Alfonso, conde de Gijón!"... por dos veces varó de tamaño la sombra, que reproducia en la pared de enfrente la amortecida llama, sin que uno ni otro interlocutor hubieran profun- dido una sola palabra.—Escúhame Isabel, dijo por fin el conde, no puedo disfrutar por mas tiempo el sentimiento que me tortura, no se me ha ocútdo que en tu corazon no ha resonado el eco de la violenta pasion que devora al mío, mi duro aspecto, mi fea fig...—¿Señor!—... Lo conozco, no me interrumpas, todo contribuye á alejarme tu estacion, casi no te pido ya amor, pero mi conducta franca y amorosa, aunque áspera y desabrida, me dá un derecho á exigir de tí en cambio una confianza que estoy muy lejos de darte.

No, Isabel no, no hagas esfuerzos por disimular, no agraves mis penas con nuevas mentiras: trece dias ha que tomamos por fuerza este castillo: donde nuestros enemigos

te tenían encerrada y trece dias ha que no cesas de hotar cuantas veces estás fuera de mi presencia; espíandote el momento en que me ausento, tu rostro, radiante de alegría, me dá las gracias involuntariamente cuando te anuncio un momento de libertad: tu impaciencia crece en gran manera á medida que tu esposo está mas solícito y llega á su colmo cuando las ocupaciones de la guerra me han permitido pasar veinte y cuatro horas á tu lado... los casi inarticulados acentos que exhala una voz angelical no fueron suficientes á calmar la inquietud del impetuoso conde de Gijón.

II.

El sonido de una lúgubre campana repitió tres veces su eco por entre las cóncavas arcadas del castillo de Montiel, cuando una muger, que oraba de rodillas ante una imagen del criador, alzándose, se acercó á una ventana y despues de haber prestado el oído con atencion, y segura ya de que ningun ruido se hacia sentir, tomó un cestillo, cedió en él una redoma con agua, un pan y otros alimentos, que indicaban ser los restos de lo que habia servido ya á otra persona para el suyo, cogió en la mano izquierda algunas hilas y vendages y abriendo con precaucion una pequeña puerta, bajó al jardin, por entre cuya espesura llegó á la capilla del castillo. Descorrió lentamente el empujando el cerrojo y en breves instantes sintió bajo sus plantas el frio mármol del pavimento. Casi al frente de la parte por donde habia entrado la bella Isabel, se veia otra nave una pequeña, y en su fondo una puerta, con esta inscripcion:

QUIA DESPERERUNT Sicut FOMUS DIES MEI. PS. 101.

Por esta puerta entró precipitadamente Isabel, y su primer movimiento fué arrojar se en los brazos de un joven, que apenas pudo incorporarse un tanto para recibir las caricias con que inundaba su rostro la tierna beldad:—¿Marianque! ¿Marianque! cuánto sufro por no poder vivir á tu lado, ¿cuánto padezco, considerarte solo en este prision abandonado del mundo entero y hasta de mi misma!...—Calla mi Isabel, ¡calla árgel mío! ro te affijes por eso, no estoy solo, tengo siempre delante tu imagen y cuando estás ausente la esperanza de verte y el placer de haberte visto me acompañan: aqui mismo, mis heridas son para mí un bien; veo en ella tu mano caritativa, veo esas hilas sacadas por tus dedos y aplicadas con tanto cariño por tí mi ma: esa paja en que descan o, hace, á l

sepulcro que me sirve de cama, el mas delicioso lecho, tus delgados hombros recibieron su peso para traerla hasta aquí!...

"Guarda el silencio por Dios, le dijo Isabel, que puede hacerte daño; y empapando una esponja, humedecía con ella los ardientes labios del herido; la palidez de este hacia resaltar mas la negrura de su ondeante cabello y la hermosura de sus ojos... despues de un corto silencio, continuó Isabel."—No he podido venir antes, el conde está recoloro y tu muerte seria cierta si llegase á descubrir tu retiro: implacable en sus odios no perdona á ninguno haber seguido las banderas del infortunado Pedro y mucho menos á tí que eres su enemigo personal... aquí llegaba cuando el sonido de una puerta que se habria con estrépito la hizo lanzarse fuera del panteon.

III.

Apoyado en el tosco madero de una abierta ventana y cruzados ambos de brazos sobre el pecho, estaba un hombre armado. Sus párpados se habian negado al sueño, á pesar de estar la noche en su último tercio, sus ojos vagaban descuidadamente entre sus órbitas; su vista indiferente miraba sin ver los elevados álamos pobladores del jardín, que tenía delante de sí, ó bien recorría la inmensa bóveda celeste claveteada de brillantes, que lucian mas en la sombra producida por la ausencia de la luna: una lágrima sola que humedecía la doble pestaña del guerrero hacia conocer que ageno á tantas bellezas—su alma percibía en aquel momento, con distintos sentidos que los del cuerpo. Su arrobamiento fué turbado por el débil sonido, que al parecer, hacia un cerrojo al descorrerse cautelosamente. Vuelta la vista hácia el lado de donde partía aquel ruido, creyó ver un objeto blanco delante de la puerta de la capilla y pocos instantes despues le vió desaparecer.

Esta vision y mas, el sonido que habia escuchado, le persuadieron que aquéllo no era efecto de su imaginación, y corriendo apresuradamente maldice la obscuridad que le impide encontrar salida á la espaciosa galeria que conduce al jardín. En muy poco tiempo atravesó este, y se halló junto á la puerta donde habia visto la desaparición del objeto de su curiosidad; quiere entrar pero se detiene. No es el miedo el que le clava allí, un cierto presentimiento. Todo ocupado con las siniestras ideas que le atormentan cree ver un enlace entre esta singular aventura y aquellas inquietudes, y sin confesárselo á sí mismo teme un desengaño; pero un murmullo vago que llega

á sus oídos le decide al fin. Escucha mas atentamente, cree distinguir la voz de un hombre, y echando mano á la espada empuja con su mismo cuerpo la puerta. Un grito ronco salió de su pecho al reconocer á Isabel, que lanzándose de lo interior del panteon se hizo ver en su fondo, ya figura de un jóven medio incorporado en su lecho.

La infeliz que á sus pies sin fuerza casi para decir "no le mateis" el conde en la mas violenta agitación le responde: "¡traidora, y á tí con él!" y atropellándola iba á entrar cuando aquella, mas veloz que el rayo, voló á cerrar la puerta del panteon; pero ¡era ya tarde! él estaba caído del lecho del moribundo sin que la infeliz hubiese podido hacer mas que cubrirle con su cuerpo. El pomo de la espada del furibundo bastardo resonó sobre el pecho de la desventurada muger al mismo tiempo que su punta, saliendo por la espalda del jóven, abrió un ancho paso por ambos lados á la sangre que sale en borbotones; uno y otro dejaron de vivir sin proferir mas palabras que: "¡hermano mío!"... "¡Adios, querida Isabel!"

Tan pronto como escuchara el conde estas frases, retirando el teñido hierro y lanzando un gemido doloroso, le hizo mil pedazos contra el duro mármol de un sepulcro.

F. F. DE C.

(Del Guardia Nacional de Barcelona)

MAGDALENA.

Bien embalsado en tosca capa de paño pardo, y cabalgando en una mula de las que llaman de paso, iba yo una tarde del invierno de 1829 al 30. Un viento Norte fino como el de Guadarrama, y un piso cubierto de nieve tan dura como piedra, tenían la temperatura á 8 grados bajo cero, y á mis pobres narices y pies tan helados como la llanura por la que caminaba. El sol se habia puesto ya, y el cielo estaba despejado y puro sin una nube que oscureciese el resplandor de las estrellas que á porfía brillaban, y yo no descubria mas límites que el horizonte en aquella especie de mar. Desoso de llegar cuanto antes aguijoneaba á mi valiente cabalgadura, que intrépida avanzaba, no sin reblar de vez en cuando.

Íbame ya haciendo impresion el silencio de aquella soledad, interrumpido tan solo por la marcha de la mula, cuando felizmente al bajar una pequeña loma, ví á lo lejos un punto negro en medio de aquel plano blanco, y al poco rato hirió mis ojos el resplandor de una pequeña luz.

La caballería relinchó, erguió sus puntagudas y largas orejas, caminó con mas velocidad, y me puso á los pocos minutos que á mí se me figuraron horas, á la puerta de la casa en que iba á pasar la noche.

Crujió la puerta sobre sus goznes, y el ladrido de un mastin saludó mi entrada en la casa donde fui recibido con la mas cordial amistad... Pintaba la familia reunida en torno un ancho hogar donde ardian troncos enteros de riejos olivos, cuya llama esparciendo viva luz, imprimia á los rostros un colorido difícil de explicar, haciendo resaltar la expresion de felicidad en ellos pintada. Hicieronme sitio en lugar preferente, que era un banco de nogal con alto respaldo, en el que se veian esculpidos torcos dibujos. Puede suponer el lector cual seria mi placer al verme despues del frio y la soledad de todo el día, bajo techado, buen fuego, y rodeado, de una familia á quien me unia una amistad verdadera. Faltaba solo en aquella reunion Magdalena abuela de mi amigo. Hiceles ver la extrañeza que me causaba tal ausencia, y sin hacerse de rogar empezó la esposa de mi amigo la siguiente narracion.

Mi abuela consagra todos los años un día de penitencia y retiró en memoria del acontecimiento que la privó á los tres meses de casada de un esposo, á quien mas que el matrimonio le unia el amor. Su familia habia aprobado esta boda, pues llenaba todos sus deseos; así puede suponer que siendo ambos ricos, no escasearian los gastos para celebrar tan faustoso acontecimiento: todo era alegría, ni el menor disgusto vino á alterar la felicidad de aquella familia, que daba gracias á Dios por su bondad, prometiéndose un porvenir halagüeño... Serian las ocho de la noche hace hoy 40 años, cuando entró un sacerdote preguntando por don Fernando, este era el nombre de mi abuelo, salió con él, prometiendo á su esposa Magdalena que pronto estaria de vuelta. Pasaron las horas y Fernando no volvía: dieron las doce, la una y nadie le vió. Aquella familia que pocos momentos antes se creia feliz, está es la mayor inquietud, y á pesar de los muchos emisarios que por todas partes manda, nadie le dice el paradero de Fernando... De pues de muchas averiguaciones se llegó á saber por una gitana que aquel día habia venido al mercado, que al pasar por la puerta de la casa... habia visto salir de ella á un cura con otros tres individuos que subian á un coche á uno, á quien daban el brazo, y cuyo rostro cubria un pañuelo,.....

Ni el párroco del pueblo, ni ninguno de los de la comarca daban razon... Los amigos de la capital nada

escribian; y el dolor y la desesperacion iban acabando con los días de aquella desgraciada familia. Los padres de Fernando que eran ya ancianos, sucumbieron á fuerza del dolor, y mi abuela conservando todavia un resto de esperanza, se acuerda de que el inquisidor general le debió al principio de su carrera mil favores á la familia de su padre. Em prende su viaje á Madrid; llega á la corte en el mes de diciembre, se presenta al prelado, le suplica, le insta, se echa á sus pies para que le diga la suerte de su esposo: el inquisidor se vuelve, mi abuela le sigue arrastrando, mientras que aquel se dirige á un balcon, repitiendo que nada puede decirle de cuanto le pregunte, y alargando una mano á la desgraciada, escribe con la otra en la humedad con que el frio habia empañado los cristales las siguientes palabras: *Rogad á Dios por su alma.* Mi abuela lee, lanza un ay! queda inmóvil... pero al fin rompe en copioso llanto, que el prelado enjuga con el mismo pañuelo con que habia borrado del cristal aquellas fatales palabras... Pero nada habeis sabido le dije yo... Nada, nada... Solo el año dos se encontró su sepultura. Al menos nos dió Dios el consuelo de poder llorar sobre su tumba... Mi abuela hizo trasladar sus cenizas al pie del mismo altar donde se juraron eterna fé... Y todos los años con austera penitencia santifica este día, aniversario de su desgracia... Pero qué causa repliqué? Nada hemos podido averiguar, me contestaron, iba á confesar, pero habiendo notado que el mayorcito de los hijos de mi amigo, aprovechándose de nuestra distraccion habia copiado un tizon, y con mucho disimulo lo iba á aplicar á la oreja de un pobre perdiguero, que sentado sobre sus patas, se estaba calentando, no pude menos de gritarle Chiton diablejo... pero la voz no llegó á tiempo para impedir que el animal quemado pegase un salto derribando dos ó tres vasijas, y sembrando la confusion en aquella sociedad, que gracias á esta accion volvió á recobrar su buen humor que el cuento de la mamá habia hecho desaparecer. Pasamos la noche alegremente hasta las diez, hora en que todos nos recogimos despidiéndonos yo de ellos hasta el día siguiente, como ahora lo hago de tí caro lector, para que el siglo XIX vuelva á insertar otro artículo mio, y tú te tomes la molestia de leerlo.

ANECDOTA CONTEMPORÁNEA.

En el año de 1832, viajaban por la Suiza el Conde y la Condesa de*** españoles emigrados, visitando con es-

ANECDOTA.

crupulosidad estúpida los muchos establecimientos, con que acreditan su filantrópica civilización aquellos felices republicanos, merced á sus benéficos gobiernos; cuya acción siempre sirve para promover el bien y jamás para hacer el mal.

El 23 de agosto por la mañana, despues de haber estudiado el sistema correccional de la bien dirigida cárcel de la ciudad de Berna, acompañados de su celoso director Mr. Ernest pasaron con igual objeto á el Hospital, donde sin saberlo les esperaba una agradable sorpresa, que no dejará de ser o para nuestros lectores: anunciados segun costumbre, salió el portero, antiguo veterano de los gloriosos ejércitos que bajo las águilas francesas llevaron el terror desde Moscov á Cádiz entre el estruendo de sus armas y el victorioso nombre de su inmortal caudillo. En su semblante se pintaba á el mismo tiempo, la curiosidad y el asombro, vencido por la primera se dirigió á la condesa y la preguntó si era española y de que pueblo; satisfecha esta pregunta, Jacob Wichy (que así se llamaba el portero) exclamó con el marcado acento de la mas pura gratitud: "Señorita V. no me conoce á mí!! yo soy deudor á su padre de V. de mi existencia; y á V. y á su señora hermana de los mas atentos cuidados. La condesa en efecto reconoció en aquel fanx de gratitud á un desgraciado prisionero del ejército de Dupont, á quien su padre tuvo la dicha de salvar de la ferocidad de algunos desgraciados, que sin la presencia del conde hubieran dado fin de él. Este hombre se puso en movimiento para hacer conocer no solo á su mujer ó hijos á su bienhechor, sino á todos los dependientes de aquel vasto y bien dirigido establecimiento, iba, venia, contaba á todo el mundo el suceso: abrazaba á la condesa y á el conde á cada instante: no perdonando medio de demostrarles su gratitud y coronando su sincero deseo con la oferta de sus comodidades. La escena ella por sí se pinta y ella es bastante para excitar en las almas sensibles el deseo de hacer bien aun á sus propios enemigos, alimentando la esperanza de recoger el fruto, cuando menos se espera, pues lo pimo es el de encontrar un hombre agradecido. El conocimiento que tuvo de la muerte de su virtuoso bienhechor arrancó lágrimas lágrimas á el horrado suizo y avivó mas y mas el colorido de este cuadro tan interesante como original.

L. A. P. Conde de las Navas.

Cuando Carlos V hizo la memorable abdicacion de la corona, antes de retirarse al monasterio; tuvo una conferencia con Seldio, embajador de su hermano el emperador Fernando, la cual duró hasta media noche. Seldio entonces se despidió, y Carlos tocó la campanilla para que viniere algun criado á acompañar al embajador, y aunque llamó á varios ninguno vino. Carlos tomó entonces una vela para acompañar abajo á Seldio, el que protestaba no podia sufrir que un monarca tan poderoso tuviera la condescendencia que él no podia esperar de uno de su misma esfera. Luego que llegaron al pie de la escalera dijo Carlos al embajador: "Seldio, no te olvides referir de Carlos V, cuando h ya partido de este mundo, que un emperador á quien como iste rodeado de ejércitos poderosos, servido por nobres y atendidos de guardias, luego que renunció su poder se halló descuidado hasta de sus criados, y que él mismo salió alumbrando á un amigo hasta la puerta de la calle. Conozco que esta mudanza de fortuna procedo de la Divina Provendencia para probarme, y espero que continuaré resignado y fiel á mi Dios."

INDICE DE ESTE NUMERO.

Una Historia..... 1
Sobre Lord Byron con motivo de su muerte..... 6
Biografía del Canciller Bacon [fragmento, segundo] 9
Los Bicos..... 12
El á Dios del Poeta..... 13
La Expiacion..... 14
Eduardo Spencer..... 17
I. Los dos condiscipulos..... 18
II. El Castillo de Kiconan..... 18
III. La limosna de una Reina..... 19
IV. La Boardilla de Fied-Strce..... 20
V. El dia siguiente..... 20
El Bastardo..... 22
M gdalena..... 23
Anécdota contemporanea..... 23
Otra anecdota..... 24

En la Librería del Sr. D. Jaime Hernandez, calle del Porton, se encuentran de venta los cuatro tomos de Figaro acompañando al último el retrato del autor.